



CUENTOS

MARTIN DE UGALDE

*UN REAL
DE SUEÑO
SOBRE
UN ANDAMIO*

UN REAL DE SUEÑO SOBRE UN ANDAMIO

Martín de Ugalde

Dedicatoria:

A la ancha esperanza americana del inmigrante

VIÑETA DE CARLOS CRUZ-DIEZ
IMPOSICION DE GERD LEUFERT

Queda hecho el depósito que marca la ley
1957

Cromotip C.A. Caracas - Venezuela

De la tierra

Fracaso

Yo soy un empleado. Esto no parece gran cosa, ¿verdad? Hay que serlo durante muchos años para comprender. ¿Y saben lo que yo quería ser? Me da pena decirlo, pero puesto a decir cosas... ¡pues yo quería ser obispo, sí señor! Eso era hace bastante. Yo tenía entonces como... ¡siete años! ¿Cuántos tengo ahora? Pues, setenta y dos. Los acabo de cumplir por San Juan. ¡Y lo recuerdo tan bien, ¡cará!!... Yo soy de Cumaná; ¡y por ahí debía haber comenzado yo para contar la cosa derecha!; pero ya está. Pues soy cumanés y amigo de los carupaneros.

Pues sí, yo tenía entonces siete años, padre y madre, mi hermanita Rosa y "Boliche", un perro tuerto que veía por dos, muy listo él. Todos fuimos a misa aquel día. Cuando llegamos nosotros a la iglesia, había muy poca gente. Mi mamá se alegró mucho, porque quería sentarse delante y ver enterito al obispo nuevo. Después es que comenzó a venir gente. Y a poco, la iglesia se llenó. Entonces encendieron luces, muchas luces. Y un muchachito vestido de rojo y blanco le dijo algo al oído a mi papá. Mi papá se volteó un poco y dijo también algo a mi mamá. Mi mamá se puso colorada, casi tan colorada como el vestido rojo del muchachito aquel. Entonces mi mamá me dio un tirón que me hizo levantar del asiento. Mi papá estaba ya parado, con Rosa en brazos. "Boliche", muy vivo, salió de debajo del banco y se escurrió entre la gente. Mi mamá me arrastró hasta donde estaba la gente parada. Mi papá se paró a su lado. Yo quedé a los pies de mamá. Ella estaba tan nerviosa que me estrujaba la mano, de agarrarme tan duro. Yo empecé a llorar. Mi papá me miró sin decir nada. Rosa empezó a llorar también. Entonces mi mamá me pegó un bofetón. En la iglesia, llena de gente y silenciosa, se oyó un ruido hueco, como si hubieran golpeado el parche de un tambor. Toda la gente nos miró. Yo me callé asustado. Rosa también se calló. Mi papá miró de reojo a mi madre. Creo que mi mamá también se asustó.

No llores –me dijo bajito al oído–; ese banco es "pa las autoridades", ahí va a sentarse el "gobernado".

Después comencé a pensar en el obispo, y cómo sería él. Y todavía encendieron más luces, ¡cuántas luces, cará!... Y salió el obispo, con un sombrero chiquitico y colorado, con la ropa colorada también. Los demás iban vestidos de negro, de negro y blanco. Y todos iban tras él. Le saludaban, le besaban la ropa, le volvían a saludar. ¡Ser obispo debía ser cosa muy buena, cará! Y para ser obispo, ¿qué habría que hacer? Yo me fijé en los muchachitos; estaban vestidos igualito que él. Sólo les faltaba el sombrero chiquitico aquel. ¡Acaso serían los hijos del obispo!... ¿Por qué no sería obispo mi papá? Cuando fueran grandes, aquéllos serían obispos también. Sí, así debía ser. Había tanta luz y me cansé tanto, que se me cerraron los ojos y me dormí. Cuando me despertó mi mamá, oí que me decía:

– Mira, mira al obispo, ¡qué bello!, se va...

El obispo bajaba entonces del altar, bendiciendo a la gente, rodeado de curas y de los muchachitos vestidos como el obispo...

Desde entonces, todo lo que veía de rojo me parecía de obispo. No paré hasta que mi mamá me hizo un vestido igual. Todos se reían de mí. Sólo mi hermanita y "Boliche" me miraban con admiración. Y con ellos solía jugar. De vez en cuando llegaba hasta donde estaba mi mamá y le decía:

– Yo quiero ser obispo, mamá...

Y era verdad.

* * *

Yo soy un empleado. Esto no parece nada y es mucho. Hay que serlo por más de cincuenta años para comprender. ¿Y saben lo que yo quería ser? Me da pena decirlo; pero puesto a decir cosas... ¡pues yo quería ser médico, sí señor! Esto me duró algo más que lo del obispo, porque mi papá se murió, y yo no lo podía olvidar...

Yo dormía entonces con Rosa, mi hermana, y "Linda", una muñeca con una pierna y la nariz rotas, a quien mi hermanita quería mucho, casi tanto como a "Boliche", que se dormía echado a nuestros pies. La habitación de papá y mamá quedaba al lado de la nuestra. Siempre quedaba la puerta abierta, y siempre que quería, sin moverme de la cama los podía ver. En la cabecera de la cama había una cruz, y más arriba de la cruz, un recuerdo de mi abuelo Jesús. Mi mamá me decía que ellos tenían dos Jesús en la cabecera, y los dos muy buenos, y que así debía ser yo también. Bueno, pues, una noche nos cerraron la puerta aquella. Yo no sabía que cerrando aquella puerta iba a tener tanto miedo. Rosa también se asustó, porque hacía todo lo que hacía yo. Hasta "Linda" creo que se asustó aquel día. Entonces nos pusimos a llorar los tres. A "Linda" no se le oía, pero ella también lloraba; yo lo veía, a través del cristal caliente de mis lágrimas. No había otro remedio, y la puerta se abrió. Y entró Rosalía, mi tía, que lloraba también. "Linda", Rosa y yo nos llamamos a la vez; sólo de ver llorar a tía Rosalía; de la puerta, ya no me acordaba yo. Ella nos besó y nos besó... Y nos dijo que papá estaba enfermo; que él se iba a curar, pero que rezáramos por él. Y rezamos los tres: Rosalía, Rosa y yo. "Linda" ya no; ella estaba ahora como asustada: la nariz rota, con una sola pierna sujeta con un cabo de pabilo. Y vino el médico. La gente empezó a caminar apurada de un sitio para otro. Yo oía a través del murmullo de nuestros rezos, que mamá decía: "sí, doctor; no, doctor", y estalló en sollozos. Todos dejamos de rezar. Tía Rosalía se fue. Entonces miramos a través de la puerta. Papá nos miró también, blanco, con mucha barba, y nos sonrió un poco... "¡Papá!", gritó Rosa. La puerta se volvió a cerrar. Pero quedó dentro un hombre; era el doctor. Se acercó sonriente y nos acarició; tomó en sus manos a "Linda" y también la acarició. Rosa le preguntó a ver si podía curarle la nariz y la pierna. Por la otra que le faltaba no le importaba, ella la recibió así; había gente que tenía sólo una pierna, como Sebastián, "el mocho", que vivía en la misma cuadra. El le dijo que sí, que la iba a curar. Yo le pregunté si podía curar a papá. Entonces se dió cuenta el doctor que "Boliche" estaba allí, y le acarició. A mí no me dijo nada. Cuando salió, volvió a trancar la puerta. Yo ya no lloré, ni Rosa tampoco. Rosa le estaba diciendo a "Linda" que el doctor le iba a curar. Yo pensaba en el doctor, en lo bueno que era ser doctor; curar a la

gente, saber más que nadie, y que todos estuvieran buenos por él. Y me dormí pensando en el doctor.

Al día siguiente nos llevaron al cuarto de papá y mamá. Papá estaba vestido, tendido en la cama. No nos miró, ni nos sonrió; sólo estaba así, como parado, pero echado en la cama, con el traje aquel que se vistió para ir a ver al obispo. Tía Rosalía nos dijo que lo besáramos, y lo hicimos, y le dijimos "adiós" con las manos al salir de la habitación. Cada vez que me acuerdo de mi padre muerto, me acuerdo del doctor. Yo no he vuelto a verlo más, pero me gustaba ser como él, con sus espejuelos, su chivita negra, sus ojos bondadosos...

* * *

Yo soy un simple empleado. ¿Que no es nada? Hay que serlo por toda una vida para comprender. ¿Y saben lo que quería ser? Me da pena decirlo; pero puesto a decir cosas... ¡Pues yo quería ser viejo, sí señor!...

En la misma cuadra donde vivíamos nosotros había una casita linda, llena de flores y de pájaros. Había nidos en los aleros, ¡muchos nidos! Flores en las ventanas y en el jardín, ¡muchas flores! Pues allí vivía un viejito muy bueno, muy alegre, que siempre nos llamaba al pasar a Rosa y a mí. Cuando por primera vez yo le llamé "viejito", creía que se iba a enfadar. Pero ¡qué val!; me sentó sobre sus rodillas, me dió una palmadita y me contó un cuento. Era un cuento de hadas, de príncipes y de pequeños animales. A él le gustaban mucho los perros, los gatos y los pájaros. "Boliche" le quería también mucho a él. El viejito se llamaba don Jacinto, y vivía solito en la casa. Rosa y yo le preguntábamos si no solía tener miedo en las noches. El nos decía que no, que nunca solía estar solo; que él vivía con sus recuerdos, y que los tenía muy buenos. Tan buenos me parecieron entonces esos recuerdos, que quise tener algunos para no tener miedo y estar siempre contento como don Jacinto. El me dijo que los tendría, pero más tarde, cuando yo fuera grande, cuando yo fuera viejo, como él. Ser viejo, para mí, era caminar despacio, como caminaba él; ser dulce y tierno con los animales, con las plantas, con los niños, como solía ser él; tener barba, una barbita sedosa, blanca, donde quedaban unas gotas brillantes colgando cuando bebía, donde se perdían algunas migas de pan cuando comía; tener los ojos siempre riendo, siempre alegres, guiñando uno de vez en cuando, como lo hacía él. Ser viejo era también saber muchas cosas para contarlas a los niños, tener amistad con las hadas, con los príncipes y hasta con el Niño Dios, como tenía él. Ser viejo era tener aquel escaparate grande, negro, lleno de cosas; tener un caracol de mar enorme y rosado, para pegarlo al oído de vez en cuando y escuchar cómo murmuraban y hablaban las olas del mar. Ser viejo era para mí tener echados en el jardín a "Pije" y "Marino", dos perros enormes, canela y blanco, muy parecidos, que le lamían humildemente los pies descalzos a don Jacinto; y tener muchos pájaros, en las jaulas y en los nidos, cantando todo el día, como los tenía él...

Yo no sé lo que fue de don Jacinto desde aquel día en que mamá nos dijo que no podíamos volverlo a ver. Pero siempre me ha parecido cosa buena ser viejo y tener

recuerdos. Hasta ahora, que he venido a caer... Ahora que soy viejo, no los quisiera tener. Ahí debe haber un secreto que hay que encontrar cuando se es joven, para que cuando uno llega a viejo tenga recuerdos donde escoger.

* * *

Yo soy un empleado honrado. Estuve a punto de no serlo. La vida es cosa rara. Como me negó el obispado, no me dejó ser médico y me negó aquella vejez de don Jacinto –¡que aquello sí es vejez!–, también me ayudó a ser honrado. Aunque a veces dudo mucho si lo soy... Pero eso sólo queda para mí. Pero estuve a punto de ser un ladrón...

Yo tenía veintiún años. Y una novia que me quería mucho. Mercedes, además, era muy bonita. Mi mamá se había muerto ya. A "Boliche" lo pisó un camión. Y Rosa se había casado fuera de Cumaná. Yo me encontraba más solo que don Jacinto, porque me seguían faltando los recuerdos que a él le hacían tan feliz. Pero me quedaba Mercedes, y yo me quería casar. Para entonces era yo un empleado honrado a carta cabal. Porque a eso tiene que resignarse el empleado, a ser honrado; para hacer negocios, para hacerse rico, ahí está el patrón. Pues yo no adelantaba un centavo, aunque trabajaba hasta reventar...

No es que Mercedes fuera mala; eso lo sabe Dios y lo sé yo; pero sí tenía sus exigencias. Ella quería tener sus corotos propios: una cama, una mesa, unas sillas y algo más, muy poco más; y yo comprendo que eso no es exagerar. Yo, apenas si pude comprarle un anillo de compromiso, porque no me alcanzaba a más, y ofrecerle un montón de cariño, porque de eso sí le podía dar. Pero que de cariño sólo no se vive, me decía, y eso también era verdad, y me hacía esperar, esperar... Un día le anuncié que en dos semanas todo estaría listo: viendo cómo trabajaba, el jefe me quería ayudar. Y tuvimos unos días de felicidad. Elegimos la cama, las sillas, la mesa y algunas ropas, y los días brincaban de gozo, cantaban de felicidad.

Pero se rompió el hilo; un negocio del patrón salió mal, y se demoró la promesa; el hilo aquel se rompió por lo más delgado, por el empleado. Pero ante el aire dichoso de Mercedes, me callé. Mil veces me hubiera callado, sólo por verla sonreír. Me quedaban ya pocos días; ni Mercedes ni yo podíamos esperar... ¡Y robé! Y verán, ¡robé mal! Porque robar bien, saliendo bien las cosas, es como no robar. Por eso es que hay tantos que no roban y viven bien. Fue un billete grande que yo vi dos o tres veces en la gaveta de mi patrón. Era un cajón que casi nunca lo trancaba, no sé por qué. Y un día lo guardé; lo escondí en el zapato y me lo llevé. Pero créanme, y esto va en mi favor, me arrepentí en cuanto lo tuve junto a mi pie. Me hacía cosquillas, me dolía. Y esperé. Me fijé en la cara del patrón, como si lo viera por primera vez. Me pareció verlo preocupado, pero no dijo nada. Entonces me animé: alabando al patrón y alabándome a mí, mentí a Mercedes. Le conté el cuento de que aquello era un regalo del patrón por mi comportamiento. Ella propuso que fuéramos a darle las gracias y a invitarlo a nuestra boda. Pasé mis apuros, pero aquello también tuvo solución. Le dije que en la casa había muchos empleados, que todos necesitaban como yo. Que el jefe me recomendó mucha discreción. Ella accedió.

Yo le entregué el billete para que ella lo cambiara en casa de don Niceto, un hombre que prestaba con interés y manejaba mucha plata. Después iríamos a comprar nuestras cosas. Y cuando me fui a acostar me escocía justamente el pie, y me dolía el corazón de tanto saltar. Aquella noche no dormí; pero cavilé, pensé mucho. Temprano en la mañana fui a ver a Mercedes. Le dije que yo mismo iría a cambiar el billete. Mi novia no supo decirme nada, me lo devolvió. Cuando llegué a la casa de don Niceto, aún era muy temprano por la mañana. Le hice levantar; el viejo estaba furioso, y estuvo a punto de echarme a la calle sin cambiarme aquel billete que me escocía la mano. El lo tomó por fin, me miró, se fijó en el papel, me miró otra vez, y se rió. "¿Ud. trabaja donde Rivero?", me dijo, "dígame que no mande papeluchos así; este billete es falso, y él lo sabe. Márchese y dígame a ese mamador que no estoy para bromas a estas horas... Ande, no se quede así, hombre, váyase, que ése es un mamadorcito así"... Yo me turbé más, no me moví. El, un veterano en cosas feas, ruin y malo hasta decir basta, cambió de tono y me hizo sentar. Entonces me preguntó, y yo le dije que sí. Me prometió no decir nada; delante de aquel hombre yo lloré, y a aquel hombre, manchado con mil fechorías, le besé la mano. Y salí. Llegué al trabajo antes de hora, dejé el billete donde estaba, y sin decir nada a nadie, me fui. Me vine aquí, a Caracas. Yo no vi más a Mercedes, ni le escribí. Todo sucedió así, como lo cuento. Yo soy un empleado honrado por casualidad...

* * *

Llevaba unos días así, pensando en estas cosas. ¿Así eran los recuerdos? No, no podía ser. ¿Y si yo me volviera niño otra vez?... Sí, yo quería ser niño, arrepentido de querer ser viejo. Antes cuando era niño, soñaba con la vejez. Y yo soñaba, y soñando yo era feliz. Ahora que soy viejo; sí, ahora que tengo ese bojote de años encima, ¿quién me impide ser niño otra vez?... Y ahora que sé todas esas cosas, mejor... Y otra vez fui a ver al obispo. Acaso fuera el mismo, porque también estaba muy viejito. Fue aquí, en la Catedral. Cuando llegué ya era un poco tarde. Las luces estaban ya encendidas; también muchas luces, ¡cará!... Pero distintas. Apenas si había velas; todo era de electricidad. Se me encogió un poco el corazón ante tanta gente, y quedé atrás. Pero la gente que me veía me iba abriendo paso, y yo avanzaba... "Malo, malo", me decía, "esto no es igual". Y sin darme cuenta me encontré frente al altar. Y volví a pensar en mamá, en papá, en Rosa, en "Boliche"; pero ninguno estaba allí. Allí estaba el gobernador, yo lo vi. El estaba sentado en una butaca; yo quedé parado, muy cerca de él. Entonces se levantó de su silla un señor, me la ofreció, y yo me senté. "Malo, malo", me decía, "esto no es igual". Muy cerca de mí, en primera fila, había una señora con un niño dormido en sus brazos. Después, cuando empezaron a cantar duro, se despertó. Yo le sonreí, él me miró; estaba sudando, cansado de estar allí. "Estos muchachitos de ahora", pensé, "no son como los de antes; no se dan cuenta de nada, no ven nada, están asustados de comenzar a vivir". Y entonces volví a pensar en papá, mamá, Rosa y "Boliche". Ninguno estaba allí; pero yo los tenía limpiamente ahí, en la cabeza, y me dio por soñar... Los ojos se me fueron llenando de luz, de luz, y apareció "Boliche", después Rosa; mi hermanita brincó sobre

él; "Boliche" saltaba meneando la cola como cuando estaba contento; Rosa se reía, levantaba el brazo y me llamaba. Por fin se marchó y apareció papá. Él estaba un poco serio, pero me acarició y me recomendó que fuera bueno; después me besó y se fue. Tenía la misma cara pálida y barbuda que la última vez que le vi en la cama vestido con las ropas con que fue a ver al obispo nuevo. Después no venía nadie más; entonces yo llamé a mamá. Y ella apareció sonriente, buena, me tomó en brazos y me besó. Entonces yo le dije que quería ser obispo. Su cara cambió; se puso seria primero; después se enfadó y me pegó un bofetón, que sonó igualito al golpe de un tambor... Entonces desperté. Se habían apagado las luces, yo estaba solo en la Catedral. Un muchachito vestido de obispo chiquito estaba en el altar haciendo fuerzas por levantar un candelabro que se cayó... Yo me levanté de mi asiento y me acerqué; quise ayudarlo; pero no pude hacer nada, aquello pesaba demasiado. "Esto pesa demasiado, abuelito", me dijo. Yo me ofendí. No le dije nada al obispito, pero se me encendió hasta la nariz; y, avergonzado de no sé qué, salí...

* * *

Al día siguiente, a trabajar. Ser empleado es cosa triste. Es algo así como ser un mueble. Lo acomodan donde quieren para uso de los demás. "Fulano, déjeme esto allá; hágame esto; venga para acá"... Y cuando uno envejece es como un mueble viejo: se queda uno en un rincón. "Tráigame esto, viejito"... ¿Se le olvidó?... ¡Es que se está haciendo viejo, cará!"... Y muévase para acá, y váyase para allá; y eso se lo ordena cualquier mocoso. Y para no llegar ni donde un mueble viejo, ni lo retiran, ¡cará!... Si lo hacen, se queda uno sin su arepa. ¡Y cuando pienso que yo quería ser obispo! ¡Dígame eso! Pero yo nunca lo dije, ni lo diré tampoco, ¡cará!... ¡Cómo se reirían los muchachos! Pero eso del obispo ya pasó; debe ser cosa buena, pero ya pasó; es como si ahora, de golpe, quisiera ser mujer...

Ahora me bastaría ser como don Jacinto. Aquel viejo sí era un viejo simpático, ¡cará! Todos los viejos debieran ser iguales. Y ¿por qué no lo son? Para eso no hace falta plata, ni ser sabio, ni nada... Pero tengo miedo de que viejo tampoco puedo ser. Cuando el obispito me llamó "viejito" yo debí contarle un cuento de hadas, de príncipes y de animales. Pero me avergoncé y salí. Es que yo no sé nada, no tengo recuerdos... Sí, tengo algunos más, pero no son buenos, no son buenos, ¡qué va!...

El hombre se calló y dijo...

El hombre se paró.

Al borde del camino, quieto, resignado, parecía una planta fija en la tierra. O un pelele. Se quitó despacio su sombrero de alas caídas.

– ¿Cojo pa'las Minas de Pao o pa'Sabaneta del Medio? –se preguntó.

Estaba de cara a los dos caminos. A sus pies yacía un saco agujereado y flaco, como desmoronado, pegado al polvo de la carretera. Así era también su ropa, o su desnudez. Los ojos grandes de alucinado abarcaron como una síntesis digerida todo el significado de esta trilogía simbólica del saco, el camino y sus plantas miserables de hombre pegado a su polvo. Después se volteó y se puso a escuchar un lejano ruido de motor.

* * *

El vehículo se iba acercando como a saltos: "¡toc-toc-toc!".

El hombre tendría unos treinta años. Su humanidad toda estaba escondida en el hueco de su mirada triste, difusa, como si hubiese perdido su objeto. Ahora la descubría sin recelo ante los vegetales y el camino desierto, fija en la arboleda del recodo por donde iba a aparecer de un instante a otro la máquina; pero de ordinario la escondía bajo las alas caídas de su sombrero negro, de un fieltro todo raído y pringoso que ajustaba en la cabeza hasta llegarle a la punta de la nariz.

– Debe ser un camión –se dijo.

El ruido de motor se venía encima y absorbía todo, paisaje, sombra, cielo, hasta formar un bosque denso de "¡toc-toc-toc-toc-toc!"..., en el que el hombre parado a la vera del camino se aturdió.

No hizo ningún gesto. Ni el camión se detuvo tampoco; dejó dos huellas y una nube de polvo que oscureció el cielo. El hombre quedó envuelto en tierra, sin parpadear siquiera. Después se volteó hacia el camión, escupió a un lado y se mantuvo quieto, armado de saco y palo, con un cómico aire marcial.

– ¿Pa'dónde cogerá el camión? –se preguntó.

Cogió por la derecha, hacia Sabaneta del Medio. La nube de polvo fue haciéndose pequeña, pequeña, y quedó absorbida por el arbol del llano.

"¡Toc-toc-toc-toc!"..., decía el motor débilmente, despidiéndose.

– Pues yo –contestó el hombre– cogeré pa'las Minas de Pao...

* * *

Era un paso cansino, desgarrado, éste del caminante, su saco a la espalda, levantando con sus plantas de pie-raíz minúsculas polvaredas sobre la piel reseca y arrugada del camino. Su palo marcaba pasos cortos de procesión, y así de solemne era la mirada del hombre, baja, apagada, perdida entre la maraña de pelos y la pringosa visera de su sombrero.

La sombra del hombre al morir el día era ya larga, inhumana. El la veía jugar en los huecos, en las hierbas espolvoreadas del borde del camino, en las piedras, a cada vaivén del torpe caminar de su cuerpo.

El sabía que el caserío estaba allí, al fondo, detrás de unos copeyes. La tierra despedía como un vaho tenue, y se veía un blanco-rojizo enorme estallando contra el azul ya oscurecido del cielo. El camino era como una raya larga, derecha, de polvo ardiendo. Los moriches a los lados del camino parecían fogatas en una tierra sin fin. Y los pies seguían levantando pequeñas ampollas de polvo al camino aún caliente, como horno recién apagado. De bruces, delante, la larga sombra del hombre. Apenas se oía más que un silencio ancho, aplastado, mezclado a un como quebrar silencioso de hierbas y hojas secas, y un despertar perezoso de "croak-croak" de ranas que dormían su siesta de calor a la orilla de los ya agostados charquitos del último aguacero.

– Si yo fuese Dios, haría un charquito a cada rana –se dijo.

El saco se balanceaba al compás de su paso tranco, abrazando la espalda sudorosa del hombre. Un pantalón viejo, dos alpargatas casi nuevas, una arepa y un mendrugo de pan seco habían encontrado ya su asiento hasta la próxima parada. Dos moscas brillantes de sol hundían golosamente sus trompas en la porquería del saco. Viajaban sobre la espalda del hombre, indiferentes a su destino.

Y se apagó el incendio. Como si alguien hubiese apagado la luz del mundo. El hombre se restregó los ojos y se volteó a tiempo de ver que el sol se escondía tras unos morichales en el horizonte. Las moscas alzaron vuelo, quién sabe para dónde. El hombre se sintió más solo que nunca en el camino.

– Ahí está el caserío –se dijo con esperanza.

Y estaba allí, en la ladera derecha de un cerro que bordeaba el camino. Era raro, pero la luz no le había dejado ver lo que veía ahora bien claro, entre sombras frías. Y el paso se hizo trote, un trote corto de hombre contento.

"¡Au, au, au, au!"...

El hombre se detuvo. Sintió un calofrío que le atravesó la columna. Fue un pinchazo largo, como un hilo. La mirada de esperanza se quebró en un gesto hostil.

– Yo podría encender un fuego aquí mismo para pasar la noche –se dijo cabizbajo, mientras reanudaba su paso de procesión.

Habían nacido en nada unos débiles puntos de luz en el caserío. Había un bombillo alumbrando el borde mismo del camino, frente a la única casa pegada al pie de la ladera. Se calló el perro. Y el croar de ranas creció, hasta llenarlo todo.

– No –se dijo el hombre hablando para alguien que era él mismo–, tengo hambre y apenas me queda una arepa y un trozo de pan seco. Acaso consiga en el caserío un pedazo de queso y una sopa...

Y miró francamente, valientemente, a la casa del camino. –"De aquí al caserío habrá como un cuarto de legua" –se dijo–. "¿Cuántos pasos será una legua?"... –Y siguió

cavilando en lo bueno que sería ahora una sopita caliente y un rincón donde pasar la noche... –"Uno, dos, tres, cuatro... ¡diez! Uno, dos, tres, cuatro, cinco... ¡diez! Uno, dos, tres... ¡diez!... ¡Quién supiera contar hasta mil!

Y salió la luna. Blanca, brillante. Lo transformó todo. Pintó las sombras de blanco, y el caserío dio un salto adelante, como si alguien hubiese acertado el camino.

* * *

El caserío quedaba a la derecha. Había una primera casa en el borde mismo, sola, y unas cuantas reunidas en torno a una iglesia un poco más arriba. Ahora sólo se divisaban unas motitas de luz escalonadas sobre los techos rojos de tejas y unas sombras sobre pequeños pedazos de pared blancos de cal y luna. Y la cruz del campanario, contra el techo enlunado, blanco, del cielo.

El camino se perdía en la obscuridad. Sólo el bombillo prendido bajo el alero de la casa del camino alumbraba un círculo, como la pista de un circo. Frente a la puerta brillaban unas gotas y el pocito de una alcantarilla de aguas negras. Del pedazo alumbrado de camino salía un sendero de piedras que se adivinaba derecho a la iglesia.

El hombre lo observaba todo a distancia, sin detenerse, marchando con paso precavido, corto. El perro volvió a comenzar a ladrar, y al llegar a la altura de la casa había puesto allí dentro, en su cabezota, el estímulo de un rancho abandonado donde descansar. El corazón le daba brincos. Sin mirar, llenos los oídos de ladridos, adivinó el movimiento quedo de una contraventana.

"¡¡Au, au, auuuu!!... ¡Au, auuuuu!"...

El hombre apresuró instintivamente su paso. Iba acosado por los ladridos que rebotaban en todas partes y llegaban rotos, tropezando, fantásticos, a sus orejas, que se le antojaban grandes mamparas colocadas allí para recoger todo el ruido y meterlo en sus oídos doloridos como por un embudo caliente.

Y asomó a la puerta una mujer. Era pequeña, gruesa, con un delantal rojo sobre su enorme barriga de preñada. Debajo mismo de la luz del alero, parecía una enorme bola roja sostenida por dos palitos delgados, con unas greñas incendiadas encima. El hombre vio cómo a la bola roja le salían dos brazos cortos y se le escapaba un grito.

El alarido cortó el bosque de ladridos como una guadaña, y se hizo un pozo de silencio oscuro. Al hombre se le abrió un enorme hueco dentro. Vio a la mujer agarrarse a algo en la puerta. Iba a caer sobre la boca de la alcantarilla de aguas sucias. Dejó caer el saco en la mitad del circo de luz, y corrió a socorrerla.

– ¡¡Un ladrón, un ladrón!!...

El grito salió de la boca de la mujer. El hombre se asustó frente a sus ojos abiertos, sus dientes apretados, sus senos enormes colgando sobre la bola roja del vientre. Miró en derredor suyo y no vio a nadie más. Sólo el perro volvía a aullar como un lobo, un solo y largo ladrido terrible.

– ¿Qué pasa, Rosario?...

El perro se calló. La voz del otro hombre se le vino encima como un alud que llegaba rodando desde arriba, desde el caserío, como piedras enormes, más grandes que casas.

La mujer, como si sólo hubiese esperado que le llamasen, se desmoronó a sus pies. Entonces el hombre del camino corrió. No mucho, pero corrió. Flojo, como hecho de aire, con el corazón brincándole entre cuatro paredes, haciendo:

"¡Cloan-clan, cloan-clan!"...

– ¡Un ladrón, un ladrón!...

Una voz, dos voces... bajando del sendero que conducía a la iglesia... "¡El ladrón soy yo!"...

– ¡Un ladrón, un ladrón!... –Cuatro voces, cinco machetes, seis machetes, siete machetes...

Corría, corría, flojo, como aire. "Aquí está el saco"... "y el palo"... Corría, corría... "Aquí mismo están, aquí cerquita"... "Ocho machetes, nueve machetes, diez machetes"... Y otra vez: "un machete, dos machetes"... Y todos, uno a uno, se le iban clavando en el corazón de aire que hacía:

"¡Cloan-clan, cloan-clan!"...

Y lo cercaron. El hombre estaba rodeado de hombres, en el centro del circo. Rodeado de hombres y muchachos armados de machetes y palos. Parecían gigantes a contraluz. Entonces el hombre perdió el control de lo elemental y sintió que le corría la orina caliente por las piernas, hasta los pies. Las manos se le volvieron raíz, y sintió las sombras de aquella gente en cada poro de su piel de tierra. Se le puso un hielito fino, quemante, en la garganta, y sintió los ojos secos, retortijados, como chicharrón. No oía nada más que el respirar sediento de hombres que corrían a saciar su sed de venganza, de un batallón, de una tropa enorme que le perseguía a él... Se fue haciendo instintivamente para atrás, lentamente, pasito corto, cortitico, sin ruido... Ahora sentía las piernas húmedas, frías, heladas... Y el silencio iba creciendo, creciendo, y le zumbaba en el oído igual que una detonación laaaarrga que se hubiese producido dentro de él. Ya se había callado el perro... ¿qué perro?... ¡Pero si había tres faroles alumbrando el bosque de piernas que le rodeaba!... La luz blanca del bosque subía después arriba y dibujaba facciones largas, sombras negras gigantes, y encendía ojos, ojos; veinte, treinta, cuarenta ojos. Y las piernas se acercaban, poco a poquito. Y él para atrás; despacito, pasito corto, cortitico... sintiendo en cada puntico de su cuerpo el odio que respiraba la gente que le rodeaba.

¡Y el perro!... ¿qué perro?... ¡cloon-clan... cloan-clan... cloon-clan!... Los ojos como chicharrón, las manos como raíces... ¡Un ladrón, un ladrón!... ¡Au, au, auu!... ¡Qué silencio, que silencio! –¿Qué pasa, Rosario?...

El hombre tropezó con algo detrás, y dio un grito terrible, animal. Acosado, roto, se lanzó contra el grupo como un ariete. Sintió un dolor fuerte en la sien, otro en la espalda, que hizo un ruido como si hubiese caído un plato lleno de moneditas de plata en una iglesia, un eco metálico y largo, con rueda que rueda de monedas en todas direcciones. Lo sintió distintamente, como el cercado siente la llamada de la policía en la puerta de tambor de un cuarto sin salida. Se dio cuenta que estaba pegado al camino, porque le entró un puñado de su polvo en la boca. Lo escupió. Después fue una lluvia de

golpes y un griterío enorme, que fue apagándose poco a poco, como si la cosa no fuese con él y viniese de lejos, de algún otro lugar de la tierra, o el infierno...

* * *

Cuando despertó, parecía de día y hacía calor. Le dolía todo el cuerpo, como si fuese una llaga enorme. Sentía las pulsaciones como si le estuvieran templando un arpa en la cabeza. Trató de recordar. No sabía si estaba guindado de un árbol, enterrado o parado de cabeza. Por un momento tuvo la sensación de que le arrastraban por un camino largo, de muchos baches y muchas piedras. Poco a poco se fue concretando la luz a unos puntos. Vio dos faroles a la altura de sus ojos. "¿Dónde se habrá ido el otro farol?". Detrás, un grupo de piernas de mujer, piernas de hombre, piernas de muchacho. Y un poco más arriba un rumor:

"Ya se levanta, se va a parar"... "¡Andele!"... "¡Este es, éste es!"...

Mirados desde abajo, desde el polvo del camino, se le antojaban gigantes, como dioses, silueteados por la luz blanca contra el fondo oscuro del cielo, que parecía negro visto desde aquel fondo de pozo alumbrado donde se encontraba él.

– ¡Este es, éste es!...

Era un muchacho apenas, casi un niño. Lo reconoció por su voz de grito verde, lleno de miedo y de odio. Aunque parecía un gigante, como los demás. El muchachito le dio entonces un golpe con la punta de su pie, que no le dolió, y lo escupió con sus ojos brillantes de rencor y de miedo, que sí le hicieron daño.

¿Cuánto tiempo haría que estaba allí? Lo mismo podía ser un minuto, que diez, como podían ser cien, mil años... ¿Qué ocurriría a un hombre que despertase después de cien años de sueño, o de mil? Acaso diría que había dormido mal porque le cayó pesado un sancocho o un queso fresco que se comió la víspera... ¿Qué víspera?... Acaso despertamos después de muertos. En otro mundo, o en éste, dentro de miles y miles de años. Y diremos que ayer... O no nos acordaremos... Y otra vez...

– ¡Llévenlo pa'la cueva!...

"Pa'la cueva"... El hombre se preguntó por qué le irían a meter en una cueva... Allí estaban el jefe civil, el juez, el cura... Los oía mentar en la conversación...

– ¡Llévenlo pa'la cueva, ¡ya!, mañana veremos!

El hombre del camino buscaba la razón de su culpa mirándose a sí mismo desde sus ojos inyectados de sangre. Tendido sobre el camino, miró a su pobre ropa, llena de polvo, las manos sucias de tierra... Y con ellas, palpando, buscó su saco. Alguien se lo lanzó a la cara de un puntapié. El palo ya no estaba allí...

– ¡¡Vamos, ándele!!...

Le hicieron pararse a puntapiés. Le pusieron el saco agujereado encima. Y volvió a buscar su palo otra vez... Era como un pedazo de su cuerpo...

– ¡No necesitas ningún palo, carajo!... –le gritó uno detrás, y lo empujó.

La pequeña procesión alumbrada con dos faroles pasó junto al desagüe de aguas sucias y tomó el sendero que conducía a la iglesia. El hombre cayó tres veces.

* * *

Se sintió caer sobre piedra, en un lugar estrecho, donde no podía alargar las piernas. El cajón de piedra era frío y negro. El hombre palpó en la oscuridad la piel babosa de su encierro.

– Esta debe ser "la cueva" –se dijo.

Sólo se oía su respirar corto rebotando cerca, como si fuese de otro. Y su corazón, que ya estaba más tranquilo, hacía de nuevo: "tac-toc, tac-toc, tac-toc"... Tenía el cuerpo tan roto que no lo sentía. Sólo percibía un dolor vivo en un hueco del alma, que seguía despierta.

Una rata se acercó hasta él. La sintió moviéndose inquieta debajo de su brazo. Buscó la entrada del saco, pasó por debajo del cogote del hombre, despacito, sin prisa, y mordió golosamente en la arepa. El hombre le dejó hacer. Y con la rata royendo dentro del saco que tenía de cabecera, se durmió.

* * *

– ¡Andele, hombre, pa'fuera, échele pa'fuera...!

La enorme mole que llenaba el quicio de la puerta de hierro. le dio un puntapie en la rodilla, que tenía doblada, rígida, como una bisagra enmohecida. El hombre se quiso parar, pero no pudo. El corazón le hacía otra vez: "cloon-clan, cloon-clan"...

Era un hombre gordo, redondo, como un cochino; con unos ojos de candil saltones y rojos, los carrillos hinchados como dos globos de a medio, la boca vacía y negra, la barriga enorme enmorcillada en dos por el cinto de mecate aguantando unos pantalones de media pierna a medio reventar.

– ¿Qué? –se atrevió el hombre.

– ¡Que se me vaya empujando pa'fuera!... ¡Soy la actoridá!... ¡Que este calabozo no es el cuarto de un hoter!...

– ¿Y pa'dónde me sacan?...

– Eso no es cosa mía... Osté se va p'al cipote, pa'donde le da la gana...

– ¿Me sueltan, me puedo ir?...

– ¡Sí, hombre, sálgase pa'la calle, o le doy un bergazo!...

– ¿Y por qué me pusieron preso?...

– En el pueblo creían que osté se había robao las gallinas de doña Leonor... pero le agarramos anoche. Era el mocho de la Encarnación, un bicho feo que lo van a empujar pa'ciudad Bolívar... ¡¡Andele, aproveche –le pegó una coz– o lo encierro otra vez!!...

Y el hombre del camino se calló. Y se fue sin atreverse a mirar atrás.

El agua corre río abajo

Son las dos de la tarde. Las campanadas han llegado desde la torre de la iglesia con ese humilde aire de esquila de algunos bronces viejos. La luz de un sol blanco, casi a plomo, ha diluido los colores y ha tumbado a los vecinos en sus moriches. Hasta la plaga debe estar sesteando. A la orilla del río, que viene recién crecido, con un sordo rumor de carga, se oye de vez en cuando un lamento de muerto. Es como un grito de cosa tensa, de jarcia a punto de reventar un cordel, que sale de entre unos bambúes que han crecido como lentos estallidos de caña grande en la orilla.

Ningún esfuerzo del agua por contenerse, ni gana del bambú por callar su queja, ni la menor intención de la campana de la iglesia de sacudir la modorra de los vecinos. En el pequeño recodo del río, las aguas descansan el vértigo de su carrera para recomenzar el interminable coito con las lujuriosas redondeces de las piedras, apurando su oportunidad de invierno. Y ahí, cansadas de la última colada, insensibles a la fruición del agua que huye, cuatro grandes piedras de lavar, ahogadas en aguas de un gris sucio y quieto de lavadero.

Paralelo al río, un camino de tierra seco como un sarmiento. Y sobre el camino de tierra, un hombre flaco, un par de ojos legañosos mirando correr al río que bebió en la cabecera.

De pronto suenan unos golpes mojados que restallan en el ambiente como si alguien con un látigo tratase de desperezar la tarde. Entonces el hombre, a los estallidos como de cohete, deja su bulto de tela roída, cruza el camino y se mete entre el bambú, con el aire furtivo de robar una gallina.

Avanza con sigilo, arrastrándose. El sol y las briznas de sombra quieta del bambú dibujan sobre sus ropas de liencillo sucio y sobre sus carnes una escamosa piel de culebra.

Hay una mujer lavando ropa en el río. Es en una piedra que está sola, metida en un rincón del recodo. Al hombre le queda la mujer de espaldas. Está agachada sobre la piedra de lavar, con sus pies descalzos pisando cantos rodados viejos de cientos de años. Aquel cuerpo así, visto por detrás, puede ser el de una niña o el de una anciana.

El hombre ha amarrado sus cuarenta años de arrugas entre sus manos y se queda observando a la mujer. Ella apenas se mueve para tomar otra prenda, mojarla, ponerle el jabón y amasarla, como si ésta hubiese sido siempre la harina de su pan.

El agua corre con el mismo rumor sordo y tenso de estos días de crecida. La noche antes, el hombre que está boca abajo entre los bambúes le hizo algunas confidencias desde un ojo de puente dos caseríos más arriba. Acaso es la misma agua que viene ahora a descansar cerca de la muchacha y le cuenta cosas que le escuchó decir a él.

Al hombre le va naciendo dentro, sin motivo, una traviesa esperanza de macho. Y entonces mismo su mano busca una piedrita entre el colchón de hojas amarillas del bambú y la deja caer a los pies de la mujer.

"¡Plu!"...

La mujer voltea.

Y con la mano hace un ademán de estirarse la falda.

Después regresa a su artesa de trapos y jabón. Acaso ella estaba esperando que alguien le lanzase una piedrita así alguna vez, porque no le ha salido ningún susto en la cara. Pero la mujer ya no lava como antes de caerle la piedra a sus pies. Ahora se le resbala el jabón azul y blanco. Y mira a hurtadillas por donde asomó la cabeza.

El hombre ha descubierto desde su escondite que la cara de la muchacha es tan bonita como sus pies y sus hombros y el color negro y estirado de sus cabellos lisos. Y que tiene también los ojos muy grandes y dulces.

Los vio cuando ella volteó para recoger una ropa, le miró y respondió a su sonrisa. La mujer parecía un poco cohibida, pero contenta de sentirse así, como buscando un riesgo. También tuvo la impresión de que se había sonrojado. Pero no lo pudo apreciar bien. Fue una de esas sensaciones que uno trata de recordar después para volverla a vivir y no se deja atrapar.

El hombre abandona su cueva de caña grande y se desliza hasta el río sin cuidarse de las piedritas que ruedan sonando como un pequeño redoble de tambor mojado en aquel silencio de río crecido.

De pronto le nace de nuevo la paciencia del robador de gallinas, y toma el aire forzado de andar pescando. Y se va acercando a la mujer haciendo un largo rodeo, chapoteando sus pies descalzos en el agua de la orilla y ahogando las piedras que asoman la cabeza sobre el agua, por si hay escondido algún pez.

Ella le ha sentido venir desde el principio. Hasta, con su cara de susto parece contenta. Y le dice con una voz rota de catarro mal curado que se llama Eustasia. El casi no le deja terminar. Le agarra de la mano y la hala hacia sí. Con su brusquedad, han ido a quedar sentados en el agua. Entonces él le sujeta los brazos como a un ternero recién tumbado y le besa en los labios.

Primero ella manotea un rato, como hacen los animales cuando los están desbravando. Y hasta le dice con los labios prietos que va a gritar. Pero no grita, ni le hace daño con las uñas. Entonces él la besa otra vez y le muerde el labio. Al rato de tenerla a la fuerza, la mujer cede y se cobija en el pecho del hombre.

"¡Oh!"...

El agua ha perdido por un momento su quietud de recodo y se lleva una prenda. Eustasia comienza a llorar. El se mete en el río hasta el pecho y se la trae como una paloma muerta chorreando agua. Eustasia le sonrío, como se debe sonreír a alguien que ha ganado una batalla en alguna guerra importante.

Entonces es cuando el hombre se siente dueño de algo, porque le pasa el brazo por la cintura y la lleva, un poco a la fuerza, pero sin ruido, entre los bambúes. Ella se resiste lo bastante como para que el esfuerzo resulte con premio. Y el hombre coge las piernas de Eustasia para él como si fuesen parte de algún premio de merecimiento elemental.

Cuando el abrazo se hace de nuevo dos, y los dos se miran en los ojos, y todo aquello comienza a parecer absurdo, ella se pone colorada y le dice que es la primera vez.

El hombre mira ya sin malicia.

Entonces es cuando descubre el reviro de un ojo donde navega una nube blanca. Y comienza a explicarse también la dificultad que tuvo para sujetarla al descubrir la joroba de la mujer. Es cuando ella voltea un poco y le sonrío apenada. Una pena sin dientes;

porque lo que le quedan son dos colmillos. Es cuando el hombre siente los pechos de la mujer flojos, colmo esos ovillos de lana cuando sueltan el cabo y se desmadejan.

Cuando ella descubre sus senos desnudos le da por llorar, y dice entre sollozos que qué va a ser de su hijo, si nace. El junta sus piernas y se siente por un instante poseído de un extraño sentimiento de poder, como un dios con el destino de alguien. Pero le baja el ángel a sus pies desnudos y dice a la mujer que es preferible que en adelante los dos caminen separados. Que por qué unir dos quiebras para fundar un negocio.

Y ella se baja entonces la falda, y se le escapa a él hasta el río. El la deja hacer. Es cuando el hombre descubre también que la mujer cojea un poco. Algo así como si la pierna derecha se hubiese alargado a fuerza de estirones, porque parece más delgada.

La mujer alcanza la piedra del río y vuelve a mirarse en el agua y a amasar la ropa que ha sido siempre la harina de su pan.

El hombre recoge su atadito de tela y coge su camino de tierra con el aire furtivo de haber robado una gallina.

Y entonces mismo, cuando la mujer moja la ropa en el río, que va un poco crecido y estirado de las pocas lluvias caídas en la cabecera, llegan desde la iglesia, despacio, tres campanadas: tan... tan... tan... con ese aire humilde de esquila de algunos bronces viejos.

El cacho

Cualquiera que vea a Ñelo así, en cuclillas, abrazado a sus piernas, mirando al mar desde detrás del único bote que queda en la playa, creerá que está haciendo otra cosa. Pero Ñelo, viejo y todo, tiene sus pantalones de un tono ajado bien amarrados. Viste, además, un saco limpio color de mar abotonado en el cuello y un sombrero de cogollo y unas alpargatas negras. Agachado como está ahora, mide más de un metro. Parado, casi dos.

Es un hombre flaco, con brazos que mueve como aspas de molino al caminar. Y tiene dos ojos chiquiticos y risueños escondidos entre párpados hinchados de albúmina, y una boca sin dientes, y un mentón salido y redondo como una proa ya gastada. Todo lo que puede gastarse una proa de pescador en casi setenta años de brega y brega con guaral mandinga, remos, bote, hijos, mujer, nietos, mar y hasta motor, un "motorcito cinco" que le ayudaron a comprar hará tres años por la Santa Cruz. La brega se le nota en un incipiente ladeo de cintura y en el color, un colorcito de arena mojada que le cambia a verdoso de alga cuando sopla el fresco del poniente al atardecer. Pero una brega que no ha hecho mella en su vieja sonrisa de abuelo, en su disposición de echar una mano al compañero, en su alegría casi infantil de contar un cacho durante las tertulias largas de días enteros en el varadero de botes de pueblo-abajo, con los compañeros de siempre.

El sol ya sube por Punta Moreno. Hay una docena de botes a media milla pescando sardina. Hay tres lanchas más frente al farallón. Las demás salieron de Pampatar un poco después de la media noche, y estarán por El Cárpano o La Rama de Ño Hilario o La Barenga, donde ya pinta el carite. Estos son fondos pesqueros para ir con motor. A remo es lejos.

Ñelo tiene los ojos amarrados a los botes que quedan más cerca. La sardina viene retinta. Cuando el alcatraz se zumba en el negrízal es que es sardina. Donde bate el mar es para coger balajú, un pescado largo que anda por la orilla, y desde cien metros se puede pescar sardina, hasta a veces varias millas mar adentro. Ñelo piensa que la sardina es buena carnada para pargo, para carite, para toda clase de pescado. Conoce por un viraje del bote, por una posición del hombre, cuándo entra la sardina en la red. Y se le alarga la hendidura de su boca vacía y le brillan los ojitos desde dentro y se le echa la proa de su barbilla adelante, y entonces levanta de un manotazo su sombrero y dice:

"¡Ah, cará!... consiguió el pescaíto... –y se abraza a sí mismo, con sus aspas, batiendo el almacén de su huesero–. ¡Ese Hilario es bien habilidoso, cará!..."

Y se para. Parece talmente un remo vestido. Al remo le sale un aspa, lo dobla y lleva su mano grandota, como una pala, a la cintura. Así, con la mano protegiendo su riñón, es como Ñelo suele decir:

"Y el pescaíto nadando y yo detrás"... Y alguien le salta para embromarlo, nada más que para jurungarlo, porque él no se pone bravo nunca: "¿Cómo va a nadar, abuelo, si

tiene ese riñón echao a perder?"... Y entonces Ñelo no hace caso, pero quita la mano de su cintura y sigue contando con el sonsonete que pone su emoción en el ritmo: "... y entonces se zumbó contra el bote y..."

El aspa izquierda del remo se desliza insensiblemente sobre la popa de "Elisa", un botecito de media tonelada, azul lavado y blanco. Está solo, proa a la mar, calzado con tacos de madera, como bote ocioso de temporadista. La mano grande de Ñelo acaricia su embarcación sin mirarla. Donde tiene los ojos puestos es en los botes que andan a la sardina. Ahora es Bacho quien lanza la red desde su "Margariteña", y "¡cará, estuvo bueno!"... y la mano grandota de Ñelo sigue acariciando a "Elisa", el único bote de pueblo-abajo que no salió esta mañana a la mar.

Ya el sol tiene un palmo sobre Punta Moreno, que perdió su sombra echada en el mar, y la playa, hasta Punta Bergantín, es como un arco grande, templado, cargado en El Fuerte. La costa se ha incendiado con sus amarillos y ocres de arena, sus grises de roca, sus rojos descoloridos de teja, sus verdes de abrojo, sus mates resecos en las enramadas de palma de coco, sus blancos sucios de sal mal cuajada en las arenas bajas de La Caranta. Y el aún reciente azul oscuro del mar se cambia a verde transparente cerca de donde baten las blancas cenefas de la orilla, verde con azules y morados y azulillos, con escamas amarillas y blancas, donde se mecen los botes. Y comienzan a llegar de levante flechas y arcos y otras formaciones de cotúas que llegan todos los días, Ñelo dice que desde la Laguna de Valencia, a buscar comida en la Laguna de Gasparico. Y se enciende también de sol el blanco comido y el azul lavado de "Elisa", y se incendia el sombrero de Ñelo, en quien prenden sus tímidos pelitos blancos de barbita ya espaciada y sus ojitos de hombre alumbrando una ancha alegría de muchacho. Entonces se agacha otra vez para caber dentro de la sombra que ha nacido en la mañana recostadita contra el bote, y de nuevo pone los ojitos en las embarcaciones que pescan sardina a media milla, abrazado a sus largas piernas dobladas sobre sí mismas, como una ballesta que hace tiempo perdió la fuerza de disparar.

Ñelo siente el peso de la tibia sombra de "Elisa" sobre su cara, sobre su espalda, sobre su riñón, sobre sus piernas, como un manto azul y blanco que huele a salitre y a brisa.

El vio nacer su lanchita desde el mismo momento en que tendieron sobre la arena, bajo la enramadita de palma de coco de Luis Tillerero, la quilla del bote, que es como la base de la embarcación. Era un buen palo de yaque, que todavía se cortaba en la isla, lo que en tierra firme llaman cují. Después le pusieron sus cuadernas maestras y el yugo, que es el espejo de popa, y le plantaron su roa, que es como la nariz de uno. Cuando le pusieron el muerto bajo la quilla, en popa, como el viejo Tillerero ponía siempre a las embarcaciones de pescar y a las piraguas de calar, sabía cómo iba a resultar el bote de marinero y de rápido. Al viejo Tillerero le decían: "queremos una embarcación para una tonelada" y prácticamente trabajaba eso, sin saber nada de teoría. Y salían las lanchas como no hay otras en la isla ni en costa firme. Era cuando Luis Tillerero fabricaba embarcaciones para Coche y para Boca del Río y La Guardia y Juangriego y Chacopata y hasta para Cumaná. Y cuando Ñelo midió a ojo la eslora y la manga y lo hondo que tenía la embarcación, la vió talmente como era "Elisa" ahorita. Después comenzaron a vestirla con barengas, y de entre las barengas le fueron metiendo las demás cuadernas,

cortadas con hazuela, algunas en madera de palosano o vera, otras en yaque, y después cortaron las tablas, con medidas tomadas por medio de fasquías para darle la curvatura, y más luego las pegaron a las cuadernas por prensa. Después, como al mes de poner la quilla, vino la tapa, y "Elisa" quedó completica, con curvas y todo. Entonces la carenaron con los hierros y la estopa preparada con aceite, después le pusieron la masilla, le dieron su baño de aceite de linaza y la pintaron. Cuando le dieron la segunda mano y le pusieron: "Elisa - Pampatar", resultó la embarcación más linda salida desde siempre de la enramada de Luis Tillerero.

Ya desde entonces Ñelo supo que duraría más que él. Porque a un bote, cuando se hace viejo, se le cambia una tabla o se le pone una cuaderna nueva o se le pinta, y siempre está el bote ahí. No es como uno, que le ponen un brazo de goma y una pierna de madera y llega un momento en que se acaba; no el repuesto, sino el lugar para amarrarlo.

En las embarcaciones, una tabla nueva ahí mismo se hace bote. Lo que sí se acaban en los botes son los motores.

El motor de Ñelo prende en tierra y en la mar no prende. "Debe ser la cámara. Estos mecánicos de por aquí no saben nada. En esos grandes talleres de la costa firme sí saben"...

Ya son tres meses con el desperfecto. Y tres meses sin salir a pescar. Si alguien se atreve a decir que es por lo viejo de uno, no es verdad. A Ñelo le pasa un nudo como un puño así por la garganta cuando al llegar en la madrugadita, con los demás, alguien le dice para mortificarlo:

– ¡Ah, aquí está el viejo, cará!... ¿Cómo está ese Yonson?...

Porque el suyo es un Yonson-cinco, que ¡era como un rayo, cará!..., pero que ya no vale la pena. Las piezas, y que las tiene malas. Que los mecánicos no le encuentran nada. "Dicen que será la cámara; la cámara es donde están los pistones"... Pero eso no quiere decir que su lancha sea una lanchita de palero. Es su motorcito cinco el que está echado a perder. Que lo diga Pedro Antón, mal llamado "animal de montaña", porque aquí, en la mar, todos tienen su mal nombre. Pedro Antón no es hijo suyo, pero es familia. Ellos siempre iban juntos, porque los hijos de Ñelo no están aquí; lo que quedó de sus hijos en la casa fueron cuatro nietos. Que lo diga él, Pedro Antón, si su bote es una lanchita de palero...

"¡Cará... Bacho es bien chiva... ¡Ahí le viene otro retinto de sardina. La escurana camina, camina, Bacho... ese bote, compadre... ¡Ahí está!... ¡eso es!... y ahora ¡hala, hala, compañero!..."

Ñelo y su bote siguen desde la playa todos los movimientos y todos los apuros de sus compañeros de mar. La lancha, quieta, con su color de salitre; el viejo, doblado, dentro de la menguada sombra del bote, moviendo los brazos como aspas, con un ala de su sombrero ya llena de sol.

Hay dieciséis botes en pueblo-abajo, en la playa que termina en Punta Moreno, y hasta cincuenta lanchas habrá, bien mirado, en Pampatar-arriba o La Caranta, que termina en Punta Bergantín, y no hay un bote como "Elisa". Los hay más grandes, ¡cómo no!, y más pintados y más todo; pero así, completico, como "Elisa", ni siquiera uno.

Para saber lo que vale un bote, hay que probarlo a remo. Hace años, cuando nació "Elisa", en Pampatar-abajo sólo había seis botes; los de Braulio Carrillo, Francisco Acosta, Tomás José, Félix Salazar, León Tiller, hermano de Luis, y él, Cornelio Mujica, que para todos menos su mujer es Ñelo. A los remeros de entonces los llaman "bueyes"... "¡Aquellos tiempos, cará!"... (el sombrero arriba). Iban a los carites hasta Guanare, frente a Puerto Fermín, que es El Tirano, que son como cinco millas. Salían a media noche, y cuando las cotúas regresaban a comer al Lago de Gasparico, cerca de las seis, como van todavía, las embarcaciones estaban ya frente a las diez islas de Los Frailes. Entonces se ganaba menos, pero se vivía mejor... (sombrero abajo).

Ya el motorcito no sirve. Hay que conseguir uno nuevo.

Ñelo se echaba todavía su pescaíta hasta hace tres meses, "pa uno vivir", porque bien mirado, salir a la mar no da ni para sancocho. Pero algo se descompuso dentro de las tripas de su motorcito cinco. Antes se iba a remo, pero ahora no. Ahorita no hay tiempo para remo. El Gobierno se debe dar cuenta de eso. ¡Están viviendo muy mal! ¡Hay veces que no se halla qué pescado poner en las planillas!... Antes, si les tocaban cinco bolívares, gastaban tres y les sobraban dos. Ahora no les alcanza para comer el día. El pescado está más caro, es verdad, pero ahora hacen menos y los víveres son más costosos.

Sí, ahorita se pesca menos. Y es porque el pescado anda lejos. Vienen de fuera con máquinas de argolla, cercan el pescado dondequiera que lo encuentran, le meten un bombillo bajo el agua para que el pescado se abolle; entonces lo cercan con las argollas, lo cargan, y el resto del pescado, asustado, se va. Y pescado que se va, no vuelve.

Ellos, que son pescadores de guaral con motores de fuera, que también llaman de borda, pescan todo a anzuelo, y su pescaíto está cada vez más y más lejos, donde no alcanzan los remos. Hay la mandinga, para curel, arachana, pargo, sardina y hasta carite a veces, pero sólo para cuando el pescado entra dentro. Lo de la sardina perjudica la pesca de guaral, porque la tienen dos y tres días, por lo mucha, y con la hediondez, el pescado se va. "Eso debería privarse"...

... "¡Ah!... -Ñelo, con su sombrero y su hombro izquierdo ya llenos de sol bracea otra vez, se para, como un palo, y señala con un dedo largo y flaco unas manchitas blancas en el mar-. ¡Cará... es curel... -y bajando la voz-... o puede ser tonino.. Si es curel (la voz arriba) puedo esperar que se acerque y lo cogemos con una mandinga"... - y el viejito sigue el avance con la punta gastada de su barbilla adelante.

Echa el sombrero para atrás, se quita con el dedo índice unas goticas de sudor que le perlean debajo de la nariz, avanza dos trancos largos hasta la proa de "Elisa" y se agacha donde la sombrita es más larga, y los dos, bote y viejo, de nuevo mirando al mar juntos.

"Hay que esperar que se acerque a tierra pa cogerlo con mandinga"...

Su motorcito cinco está maluco, no prende. El único que puede ayudar es el Gobierno; si no ayuda el Gobierno, no ayuda nadie. "De que yo tengo esperanza es del Gobierno". Si no halla medio de trabajar, llevará su botecito a la casa. No tiene la manera de componer su motorcito cinco. Si hallara quien lo comprara, él lo vendiera e hiciera la manera de ponerse en uno nuevo... Los motorcitos, después que se echan a perder, son una vaina.

A Ñelo se le han puesto los ojos aún más chiquiticos de seguir el avance de curel. Se echa su sombrero adelante, para descansar, y mira a la arena, que todavía está fresca. Entonces sus ojos revientan en estrellas de oro, y después aparecen fondos rojos y fondos verdes, y sobre estos fondos, como mares, unos botes de colores. Poco a poco los va distinguiendo. Están la "Margariteña" de Salazar, y "La Virgen del Valle" de Ño José, y "El buen viaje" de Hilario... ¡Y aquel retinto de sardinas, cará!... Y aquel mar de carites, pargos y curbinas y picúas y anchoas...

Ñelo tiene un momento de indecisión, como si, tan cerca aún de la vigilia, su recelo de viejo sospechase un engaño. Pero en seguida se endereza, y corre, tieso, largo, braceando, hablando con alguien que no se ve. En un altico, cerca de la playa, hay un ranchito limpio, con una enramadita al fondo. Entra Ñelo al fondo de la casa y recoge del piso dos remos largos, los carga sobre el hombro izquierdo, descuelga los rollos de guaral y los ensarta en el mismo brazo; después, con su mano derecha recoge del suelo un gran rollo de cuerda y la anclita para fondear, ¡y sale caminando con paso de legua, cará, cerro abajo!... Y de un salto se pone en el bote. Zumba los remos y los guarales y la cuerda con su anclita dentro, y levanta a "Elisa" por la proa, le quita el calce, hace lo mismo de atrás, livianito el bote, como si hubiese vuelto atrás de muchos años...

– ¡Corneliooooo!... –Es una voz vieja en espiral, que entra como un tornillo hasta el fondo del oído de Ñelo.

Esa es Elisa, su mujer... Ya le va a echar su bollo por salir solo a la mar...

Ñelo no la oye, pero sabe lo que le está diciendo su mujer. Pero lo que es hoy, sale. La voz de su mujer se la comen la brisa y el mar, y Ñelo se descalza y deja sus alpargatas en popa y empuja su bote, que se desliza como si le ayudase una cuadrilla de hombres. Las olas hacen dar dos, tres brincos a "Elisa", pero la lanchita se endereza y flota, derecha, guapa, como en sus buenos tiempos. Entonces Ñelo monta de un brinco sobre el bote, cruza los puños de sus remos y... ¡ah, cará, esa embarcación sí era buena!... ¡Que su lanchita era un botecito de palero!... ¡Ja!... ¿No hay nadie en la playa ahora?... Nadie... En el mar tampoco. Se habrán ido a algún fondo a pescar. ¡Con todo el pescado que hay aquí, sólo a la altura del farallón!... Ahora lo puede ver bien clarito...

¡Ah, cará!... El vivero tiene el boquete sin taponar y hace agua. No es que se vaya a hundir el bote, porque el vivero ya está preparado para pescar a lo vivo, y el agua no alcanza sino un nivel. El invento lo trajo un español "hacen años", y Luis Tilleró le puso después su vivero a "Elisa". Así no era como antes, que tenía que tener un muchacho achicando el agua.

El que inventó el vivero debía ser un hombre avisado, y flojo, porque ¿cómo se pone uno a pensar que haciendo el vivero de esta manera no hay necesidad de achicar, y que poniendo la concha en el boquete lo que se dice "en la contra" se llena el vivero de agua, y que poniéndola al revés, se vacía ello solo? Eso es de flojo; pero de un flojo muy vivo...

Pero no hay tiempo de andar con el vivero en la cabeza. Ahí está el pescaíto... ¡Y rema y rema!... y "Elisa" se hunde justo lo necesario para avanzar más, y hasta el vivero lleno de agua parece ayudarla en lugar de frenar como un lastre...

¿Y la sardina para carnada?... Primero tendrá que pescar la sardina. No hay apuro. ¡Pero no tiene red!... Se le quedó en la casa. ¿No sería eso lo que le gritaba Elisa desde la

enramada? Pero qué va, ella lo que le decía es que no se fuera. Pero él tiene fuerzas y brío para salir a pescar solo...

"Santísimo Cristo, haz que eche mi pescaíta con bien y que coja un cargamento de cumaro y pargo que brille como los milagros del Cristo"...

Y rema y rema, cruza el puño por arriba y cruza por debajo, y "toma guaral, pescaíta; muerde, que mi sardina es fresquecita"... (...¿De dónde sacaste la carnada, viejo?", una voz). Ñelo callado. Y "¡sás, sás!", como latigazos, el guaral, y el pescaíta que no muerde. Y p'acá el guaral y p'allá el guaral; "¡sás, sás, sás, sás!" los estirones, y siempre el anzuelo peladito...

El pescaíta debe estar más arriba, detrás del farallón... ¿Y si fuese al fondo del Cárpano?... "Vámonos, botecito, p'allá"... Ñelo rema y rema, y "Elisa" adelante, guapa, fina, "sís, sís, sís, sís, sís", cortando el agua suavemente, como una tijera bien amoladita. Ñelo enfila a barlovento de la cabeza de La Ballena. Es un bogar tranquilo, ágil, limpio, como en sus buenos tiempos. ¡Que Ñelo era viejo, porque apenas había cumplido los setenta años!... Y "Elisa" con él, en el mismo esfuerzo, sintiendo desde los garrotes en que se apoyan los remos hasta el espejo de popa, que es el yaque más descansado de la embarcación, el ritmo del mismo bregar poderoso que nace en los pies descalzos de Ñelo, apoyados dos cuernas más abajo, toma fuerza en las rodillas, respira en los fuertes pulmones del pescador y sale por los dos brazos largos que cruzan y recruzan los puños de los remos, "rís, rís, rís"...

Y otra vez, "¡sás, sás, sás, sás!"..., guaral para acá, guaral para allá, cruzando y recruzando los brazos, como liando un enorme paquete invisible... Y otra vez nada.

"En este fondo ya no queda pescado –dice Ñelo–; se iría más al norte, a la Rama de Ño Hilario". Es un fondo donde hay rama y que se llama así porque lo encontró "un señor antiguo" que lo consiguió primero. Y "¡rís, rís, rís, rís!", el remo, y "sís, sís, sís, sís", cortando el agua "Elisa", "plá, plá, plí, plá!" el mar en el costado de la embarcación.

Y en la Rama de Ño Hilario, lo mismo.

Entonces a sotavento, rema y rema, a La Barenga. Y en La Barenga, nada. Y otra vez al sur de El Cárpano, a un fondo que llaman La Ermita, porque se marca con la ermita de Los Robles, que tiene que pegar por sobre del Coronto, ese cerro puyúo que está ahí, cerca de Bergantín. Y en la ermita, brega que brega, y nada.

Entonces a Ñelo comienza a desinflársele el pecho como un globo pinchado, y a sus rodillas se le agarrotan los goznes, como si fuesen de hierro viejo, y hasta se oye un "crik-crak" cansado que llega desde algún lugar de "Elisa". Es cuando Ñelo levanta su sombrero y mira con los ojos más chiquiticos que nunca hacia Pampatar, y ve primero el farallón, y después las casitas, y la playa, que asemeja un pecho de mujer, con su rada resguardada por Punta Moreno y Punta Bergantín, que son como dos pezones. ¡Y se rehace!...

¡Cará, que hay que conseguir el pescaíta!...

Y como a la voz, aunque Ñelo sólo lo haya pensado, se levanta una brisa fuerte, como de tormenta. Y Ñelo mira al cielo con temor, piensa por un segundo en El Viejo, como para recordarle su petición de un rato antes, y boga y boga hasta poner el cerro o la cuchilla de Guarapotú por la quebrada de Punta Gorda, un cerro que queda en la playa de Comoquerigua, y después, ya peleando abiertamente con la brisa y el mar cada

vez más bravo, a El Chaure, que queda a sotavento de la ermita, un buen punto parguero. Y nadando el guaral y arañando en el mar los anzuelos y braceando las aspas de Ñelo con sus prolongaciones de remo entre silbidos de la brisa; pero el pargo sin dejarse coger. Y entonces hacia Los Blanquizales, un punto donde blanquea la piedra, que llaman de Maitilio, pegando la Punta Moreno con la casa de La Salina, sobre un cerrito que queda a barlovento. Ñelo, para más seguro, lo coge además con la piedra "ahogá" que sale por la Punta de La Ballena...

"¡El primer pescaíto!"...

Pero la alegría de Ñelo al halar el guaral se vuelve cacharo. "Pescar cacharo es trabajo de vagabundos, porque es un pescaíto pa vender por cuartillo, un pescaíto ahí"... Y Ñelo, digno, lo bota al agua.

Y entonces a El Tomás, que se marca en la trompa del morro de Porlamar con el rabo del farallón, que lo descubrió el tuerto Tomás "hacen ya años". Y tampoco nada. Y el mar más bravo, la brisa más fuerte, Pampatar más lejos, "Elisa" más cansada y él, Ñelo, como en pedazos, con los brazos volando, los pies en el mar, con los riñones heridos con clavos de a palmo y las rodillas rechinando como herrumbre.

Entonces, de entre el polvo de agua que trae el viento y que casi no deja ver ni el farallón ni Pampatar ni las puntas, como un silbido de diablo huyendo, un como galope de mil caballos:

"¡Tracatá, tracatá, tracatá!ì..."

Y el ruido cada vez más cerca y más duro:

"¡Tracatá, tracatón, tracatón!"...

Y entonces una luz terrible, como un relámpago, y otra vez la neblina y el viento, y "Elisa" como gimiendo, y Ñelo... ¿y los remos, dónde están los remos?... Y otra vez:

"¡Trocotón, trocotón, trocotón, trocotón, trocotónn!"..., como mil caballos huyendo como diablos ante una cruz...

¡El alma del Tirano Aguirre galopando en la tempestad!...

"¡Trocotón, trocotón, trocotónn!"...

¿Cómo podrán los caballos galopar en el mar?... ¡¡Un espanto, un espanto horrible!!...

Después, de nuevo el silencio del mar, un silencio de viento y tormenta; y el bote barloventeando, al garete...

Entonces mismo, en ese mismo instante, un enorme pescado a sotavento...

¡Pero un pescaote así!... ¡Y Ñelo que se pega detrás, rema que rema! Y Ñelo acercándosele más y más. Y cuando llega como a veinte metros... ¡zás!, el arpón ("si no llevas arpón, Ñelo", una voz de alguien como cuando le interrumpen un cacho), pero Ñelo derecho al pescado, y el arpón también justo en la mitad del amplio lomo del gigante; y nadando como loco el pescaote, y corriendo "Elisa" como si fuese volando, y Ñelo soltando guaral... Y por fin el pescaote que cede y cede, y se deja halar... Entonces Ñelo, ¡guaral p'acá, guaral p'allá, el pescaote muerto cada vez más amarrado al costado izquierdo del bote, y "Elisa", tan valiente hasta entonces, que comienza a acostarse y a hundirse; pero entonces Ñelo pone más guaral, dice unas palabras de aliento a "Elisa", y todo listo, como en un sueño.

Y entonces mismo, cuando estaba todo listo, comienza a llover. Pero no una garuíta, sino como si se estuviese vaciando un mar. Son las nubes mismas que se vuelven todo agua salada, y se hace tan oscuro que no se ve nada, ni el pescado, ni siquiera las manos grandes de Ñelo, agarradas quién sabe a qué. Y luego viene más viento, y el mar se pone más bravo. Mar por arriba, mar por abajo, mar por los costados...

"Un paquete de velas al Santísimo Cristo si salgo con bien"... ("¿Y la petición de hace un rato?", la voz de antes). Ñelo está dispuesto a quedarse sin el cumaro y sin el pargo, pero si se pudiese salvar el pescaote...

"Me dejas sólo el pescaote"...

El Cristo no dice nada. Y entonces mismo, como un castigo, un grito de "Elisa", como de choque, y Ñelo, tan largo como es, de cabeza al mar...

- Cornelio, Cornelio...

Es Elisa.

- Como que te dormiste...Yo esperándote con el desayuno y tú durmiendo, pegado a tu bote...

- Sí, vieja, ya va...

Ñelo se para despacio. "El curel ya se ha ido"... "Vaya con Dios el pescaíto"... Las rodillas las tiene duras, como hierro viejo, y el mar está tranquilo y azul con verdes y blancos y azulillos y morados en pedazos, y el sol está ya muy arriba, y toda la playa, desde Punta Moreno hasta Punta Bergantín es como un caliente abrazo de mujer, con su agrio olor a salitre y su regusto de alga.

Y despacio, como si estuviese cansado, pero erguido, con la mano derecha en el costado, Ñelo sigue sin decir palabra a su mujer, cerrito arriba, hasta donde están los guarales y los remos y la red que no se llevó, y la anclita para fondear. Y comprueba, por si acaso, uno a uno, si están todos...

- ¡Un buen cacho para los muchachos, cará!...

- ¿Qué dices, Cornelio?...

- No, nada, que estoy pensando en cómo hago para componer ese motorcito cinco, ¡cará!...

Del cielo

A mis viejos, que han sido ejemplo de tantas cosas

Punto y aparte

Hay hombres que han nacido para ser ricos, y otros que llevan el signo de la pobreza clavado en la frente hasta morir. Nadie ha descubierto aún la misteriosa ley que rige los destinos del hombre en la vida, pero a menudo se manifiesta el signo de lo fatal.

A J. E. no le va ni mejor, ni peor. Simplemente, le va mal. Ahora que ha llegado casi al final del camino, mira atrás y se asusta; delante de él no se atreve a mirar. Hay hombres que han nacido con el destino hecho; unos son ricos y buenos sin esforzarse; otros convierten la vida en una pelea constante de superación, y no consiguen sino caminar de rodillas, abatidos a cada golpe. A quien le ha ido tan mal aquí, ¿se resigna a sufrir las penalidades como una prueba o pelea sin desmayo para llegar a lo mismo, para morir? Bueno, y la muerte, ¿qué será? ¿Punto y aparte o punto final? Este laberinto le tiene enredado a J. E. Pero en esa misma interrogante de su futuro, después del punto, hay tesoros de esperanza escondidos, que son parte de la esperanza inagotable de la Humanidad.

Poco puedo hacer yo por J. E. cuando yo siento a menudo la angustia de la misma inquietud. Pero le voy a contar un sueño que tuve. Porque los sueños, cuando son puros, tienen algo de mensaje de eternidad.

* * *

En una pequeña estación de provincia montaron dos hombres en un tren. El uno, un caballero distinguido, de unos cincuenta años, se entretuvo despidiéndose de sus familiares desde la ventanilla. El otro, un viejito desaliñado, arrastrando una pierna, con un zurrón a la espalda y un extraño bulto bajo el brazo, tomó asiento en el mismo compartimiento, y estuvo observándolo, enternecido. Cuando arrancó el tren, el caballero se sentó frente al anciano, dejó resbalar su mirada sobre él y quedó absorto observando el paisaje. El viejito parecía un poco azorado, y después de unos visibles esfuerzos, le saludó. El caballero lo vio apenas, se acomodó mejor y quedó mirando por la ventanilla. El viejito del zurrón hubiera preferido marcharse, pero tampoco a esto se atrevió. Y quedó rígido, molesto, hasta respiraba con precaución. Aquel tren no llegó a su destino. O llegó, es verdad. Cedió un puente que estaba en reparación, y el tren entero fue a caer al fondo de un terrible precipicio...

* * *

De nuevo los vi juntos. Y también iban solos. El viejito, arrastrando su pierna, el mismo zurrón a la espalda y un extraño bulto debajo del brazo. El caballero, tocado de sombrero, atildado y desdeñoso, no avanzaba más que él, a pesar de su ligereza. Era un camino largo, largo, que se perdía como un hilo en el horizonte. A un lado y a otro, un extraño paisaje de nubes blancas, y arriba, el cielo, de un azul intenso, donde brillaba un sol enorme que parecía reír a carcajadas.

El señor elegante iba cansándose visiblemente, mientras su compañero de viaje avanzaba a un ritmo igual, contoneándose graciosamente al compás de su cojera.

– Caballero –dijo dirigiéndose a su compañía–, usted está cansado, y hasta puede que tenga ganas de comer alguna cosita. Yo llevo algo en mi zurrón, que no debe rechazar por ser pobre. Ahí veo un hermoso árbol a la vera del camino. Podemos sentarnos, descansar y comer. Por lo que veo, este camino es muy largo, y no llevamos trazas de encontrar una posada.

– Muchas gracias. Me muero de envidia pensando en lo que puede esconder vuestro zurrón, y tengo unas ganas enormes de sentarme. Pero parece que os equivocáis, porque yo no veo ningún árbol que pueda ofrecernos sombra en este camino.

– ¿No lo veis señor? Estamos debajo. ¡Y esta grama como una pelusa que invita a echarse a dormir! ¿Que no la veis? ¡Es raro!... Pero vamos a comer, acaso el sol os ha hecho daño...

Yo tampoco vi árbol alguno. Pero cuando el viejito mostraba tanta satisfacción de estar allí, algo debía haber. Abrió su zurrón, sacó medio pan, un pedazo de jamón, un trozo de queso, y ofreciendo al caballero un enorme cuchillo de cachas blancas con remaches dorados, le invitó:

– Tome lo que le apetezca, sobra para los dos... Usted es del pueblo aquel donde subimos al tren, ¿verdad? Es raro, yo nunca me fijo en los nombres de los pueblos que visito. Yo soy músico, ¿sabe? Tengo mi guitarra. No debo tocar tan mal cuando vivo de lo que me pagan por oírme. Bueno, creo que también debe andar un poco por medio la caridad; pero yo siempre me he empeñado en creer que es por lo que toco. Y con eso me conformo. Yo me acomodo fácil a las cosas. ¡Es que no he tenido otro remedio! Primero empecé a protestar, pero eso no sirve... ¡Yo no tengo escuela ni nada! Apenas sé leer. Sólo sé tocar la guitarra... Pero usted debe ser un caballero importante, ¿verdad?...

– Yo lo era, sí, señor. Yo era el alcalde; casi todo el pueblo era mío; pero no sé nada más; en mi vida he leído un libro entero ni he aprendido a sacar una cuenta a derechas... Y, ¡créame!, ni me hacía falta.

– ¡Ah! ¿Usted es el alcalde?... Pues le voy a contar un secreto, señor alcalde: ese pan y ese queso que está comiendo ahora es suyo. Me lo dio su criada, compadecida de mi traza. Pero hay algo que no le favorece; me recomendó que me alejara del pueblo, porque su amo, el alcalde, no podía ver a un juglar pedigüeño; que tenía el alma muy negra, y que a ella le escandalizaba tan poca caridad... Y perdone usted la franqueza; pero como ha llegado la hora de aclarar todo en esa oficina de Dios, pues ¡no veo ninguna ventaja en engañarnos!

– Tiene razón. Y le propongo un trato. Para prepararnos a contar nuestra vida y milagros podemos recordar nuestras virtudes y pecados. Así podemos evitar olvidos. Y podemos hacer memoria de nuestros pecados.

– Me parece bien. Puede que tenga usted muchos, pero de mi boca va a escuchar usted unos muy gordos, que no sé, no sé...

– En mi familia, que yo recuerde, todos mis antepasados han sido alcaldes y ricos. No sé si empezaron siendo ricos o alcaldes; pero yo he descubierto que lo uno ayuda a lo otro. Yo no he tenido necesidad de estudiar ni de trabajar. Nunca me ha gustado la escuela, ni me ha hecho falta el trabajo; y creo que eso no es cuestión de afición, sino de necesidad. Yo crecí como crecen los árboles, sin esfuerzo, y eso me parece a mí natural. Lo que no me parece bien es que haya pobres estudiosos, pero eso no lo puede uno remediar. Yo me dediqué a lo mío, a ser rico y a ser alcalde. Después me encontraron novia que tenía los mismos gustos y fortuna que yo, y me casé. En eso coincidí con los demás, porque los demás, también se casan; pero tampoco fue por vocación. Yo, para mi gusto, hubiera sido fraile. ¿Por qué? No lo sé; pero me parece que viven muy tranquilos, se les respeta, y de ñapa ganan el cielo. Porque eso sí, yo soy creyente, y he hecho muchas obras de caridad. Yo hice donación de un altar entero para la iglesia del pueblo, de un sagrario de oro, de una imagen de Nuestro Señor en tamaño natural; yo he ayudado a construir un hospital; he establecido una beca anual para nuevos sacerdotes; en fin, he hecho muchas otras cosas que estarán anotadas, sin duda. También habré cometido faltas, ¡claro es! Recuerdo, por ejemplo, que una vez robé plata de la iglesia: eran las fiestas patronales del pueblo, yo era muy jovencito; a la puerta de la iglesia había una bandeja donde los fieles iban depositando sus limosnas; yo pasé una vez, no me atreví; volví otra vez, tampoco; pero a la tercera alargué un poco más el brazo, cerré la mano y apreté entre dos dedos una moneda de plata. Pero yo la devolví, he devuelto mil. Después habré cometido muchos desaciertos, pero siempre he cumplido con mi deber. Yo tenía que seguir la tradición, y para poder dar a mis hijos lo que recibí de mis mayores, he tenido que defender mis reales. Yo tuve cinco hijos, se me murieron dos. El mayor ya es un hombre, se casó como yo, y estará a punto de ser alcalde, como todos. Esa es la vida, amigo...

– ¿Y eso es todo?...

– Bueno, ¡todo!; pero lo más importante, sí.

– ¡Pero usted es un ángel!... ¡Oígame a mí! Verdad que yo no tuve esos principios, pero ¡caray!... Yo sí he sido malo. Yo no conocí a mi padre, y empecemos por ahí. Mi madre me quería, no cabe duda, ¡la pobre!; pero, ¡bueno!, que me dejó también. Fui a parar a un orfelinato; menos mal que había alguien que me daba de comer y de vestir; en medio de todo tuve suerte, porque hay otros que se la pasan debajo de un puente. Pero vea usted si fui desagradecido, que me escapé. Cuando cumplí los doce años, ahí mismo me fui. Los amigos de uno... ¡se puede figurar! ¡Con decirle que nunca he pisado una iglesia se lo digo todo! ¿Fraile, dice usted? Yo les tenía una rabia que no los podía ver; y eso porque uno de ellos un día me chafó la nariz por escupirle en el cordón...

– ¿Le escupió? ¡Jesús!

– Fue una apuesta. Mis amigos y yo vimos que otros se acercaban y le besaban; como eran muchachos bien trajeaditos y limpios a quienes no podíamos ni ver, se nos

ocurrió escupir lo que ellos habían besado; el que no lo hacía tenía un castigo. Cuando llegué yo, era ya el tercero, y a mí me agarró... Otra vez, estuve en la cárcel; fue por robar una bicicleta; me cazaron en un dos por tres: yo no he servido nunca para ladrón. En cuanto mis amigos se dieron cuenta que no les ayudaba, me botaron. ¡Qué iba yo a hacer!, pues me dediqué casi a lo mismo, a levantar. ¡No mucho, ¡eh!, justo para comer! ...Casi siempre levantaba en el campo: una que otra gallina, papas, fruta... ¿No viene todo eso directamente de Dios?, ¡pues es de todos! ¡Eso es lo que he dicho yo siempre!... De lo que hacen los hombres, de eso no he vuelto a robar más nunca: ni dinero ni cosa parecida. Entonces tomé el gusto por los paseos, por caminar por el campo, de un pueblo a otro. ¿Que se me rompía el pantalón?, pues lo cambiaba por alguno tendido en cualquier patio, pero robar, ¡no!, sólo lo cambiaba; alguna mujer lo compondría mejor que yo; eso también es justo, ¡caray! Más justo que tener una mujer que le remiende la ropa a uno. Porque también pasé por ahí. Pero antes he de decirle cómo me hice comediante, que a eso debo yo mucha de mi experiencia.

Llegué de noche a un pueblo pequeño donde actuaba al aire libre uno de esos grupos de desheredados que andaban como yo, pero en grupo, haciendo monadas. Me puse detrás de la gente, y estuve allí un rato. En medio de la función pidieron un voluntario para ayudarles en un número; no salía nadie. Al insistir otra vez, ofrecieron una pequeña recompensa para el ayudante. Entonces salí yo. Pero nada más verme en aquel círculo de gente que me miraba a mí, me dio pena, y quise devolverme; en mi azoramiento tropecé con una cuerda y caí; todos se rieron de la gracia; todos creyeron que yo era del grupo de comediantes, vestido de payaso, ¡figúrese usted mi facha, caballero! Pues ese fue mi debut, como dice la gente de circo. Allí me daban de comer y algunas ropas a costa de hacer reír por las noches, y allí aprendí muchas cosas útiles, como tocar la guitarra. Allí cometí también algunas tonterías, porque me casé con Eulalia, una muchacha flaca, pero bastante bonita, que se dejaba hipnotizar y era cómplice de otras patrañas. Con ella tuve dos hijos. Y viví en el circo hasta que me cansé de ella. Yo quería a mis hijos, pero, ¿con quién iban a estar mejor que con su mamá? Dejé a todos y me fui. Eso me remuerde la conciencia todavía; pero a lo hecho, pecho. Después volví a levantar, siempre cosas hechas por Dios para todos; tocaba la guitarra en los pueblos, sin fijarme cómo se llamaban ni a quién quitaba las gallinas, y así me hice viejo. Hasta hoy. Bueno, caballero, ya lo sabe todo. ¿Nos vamos?...

– Sí, debemos irnos. Pero, dígame, ¿nunca confesó usted esos pecados?

– No, señor. A mí me contaron las hermanitas del orfanato que Dios está en todas partes; pues eso basta; yo no le cuento mis cosas a nadie más. Bueno, ¿y qué adelanta usted con decírselo al cura?

– ¡Que me perdona los pecados!...

– ¿Todos, todos?

– ¡Claro que sí!... Siempre que se arrepienta de ellos.

– Y, ¿si los vuelve a hacer?...

– Lo mismo. Los curas perdonan siempre.

– Entonces, ¡yo he sido un tonto de siete suelas!... ¿Y usted lo hizo?

– Yo me confesaba todas las semanas, y comulgaba...

– ¡Caray! Pues eso ya no tiene remedio. Yo diré ahí que no sabía nada de eso. ¿Nos vamos?...

– Si en algo puedo servirle, me tiene a la orden. Acaso pueda interceder por usted...

* * *

Es un tribunal extraño. Los dos hombres están de pie. Frente a ellos, en toda su Serena Majestad, Dios, sentado en un enorme sillón de nubes blanquísimas. Cerca de él, San Pedro, con el aire un poco malicioso y socarrón del viejo pescador que ha cogido muchos peces gordos; entre ellos dos y los enjuiciados, una balanza enorme, compuesta de una columna de más de tres metros de altura, dos brazos enormes y, colgando de ellos, dos grandes platillos. El fiel, una aguja de más de un metro, marca cero en un cuadrante que forma un arco de casi media circunferencia. ¡Y qué silencio! Si se pudiera pesar el silencio de aquel tribunal, no habría balanza que lo midiera. El viejo del zurrón y el alcalde tiemblan de pies a cabeza. Pedro sigue mirándoles maliciosamente, sin mover un labio ni una pestaña. El anciano juglar está ya deseando llegar al infierno para escaparse de aquella tortura abrumadora del silencio absoluto. El alcalde hace un esfuerzo por recordar sus buenas acciones, para no dejar una sin relatar ante el Tribunal Supremo, y siente la angustia de la posibilidad de olvidar alguna. Y continúa el silencio absoluto, que es un silencio mucho mayor que el de la tierra...

– ¡La primera pesa!

Ha sido una voz como un trueno, pero sin dureza, una voz completamente nueva. San Pedro se pierde detrás de una nube, y regresa ágilmente con una enorme bola que lleva sin esfuerzo en una mano. La coloca en el platillo izquierdo, que cae violentamente sobre el piso de nubes. El otro platillo queda arriba, a unos cinco metros de altura.

– ¡El alcalde!...

Otra vez la voz. El alcalde ha recibido una terrible sacudida al oírla, y sin darse cuenta siquiera ha llegado al pie de la balanza. Ahora se fija en la inscripción de la bola: "Tasa para un billete al Cielo". Y ahora tiembla más. ¡Si él apenas pesa cinco o seis arrobas! Ahora se queda mirando al platillo vacío que ha quedado arriba. Se acerca San Pedro, y hala de un mecate que cuelga de la plataforma destinada al alcalde. Viendo el poco esfuerzo necesario para levantar la bola, el hombre se anima. Da servilmente gracias al Portero, y se sienta en el platillo. San Pedro suelta la cuerda, y el pobre alcalde sale despedido hacia arriba. Ahora parece un loro, colocado en aquella altura.

– ¡Los cargos!

La misma voz de trueno, ahora un poco más áspera. El alcalde se fija en Dios, sentado en la misma actitud serena. El viejo del zurrón pasa la mirada del alcalde a la bola, y calcula el peso del altar, de la imagen de Nuestro Señor en tamaño natural y el hospital... ¡Porque seguramente que todo eso se pesa! ¿Y él? ¿Qué va a presentar él que pese? Y se acuerda de sus pecados. Aquel escupitajo al cordón del fraile no hay quien lo pese, ¡y en contra!...

Ha aparecido un ángel, con alas y pelo de algodón aún mas blancos que las nubes. Se acerca respetuosamente, y le sopla algo al oído. Dios se incomoda un poco y dice:

– Cincuenta kilos en contra, por lo del hospital.

San Pedro corre detrás de la nube, y añade una bola al platillo que está en el suelo. Sigue el ángel hablando al oído divino y otra vez aquella terrible voz:

– ¡Cien kilos más en contra por lo de mi imagen!

El alcalde está, aterrorizado, arriba. El viejo de la guitarra no sabe qué pensar de esta extraña manera de enjuiciar las virtudes, y calcula que a él no le salvarán ni cincuenta apisonadoras colocadas en la balanza junto a él.

– ¡Treinta kilos en contra por lo del altar!

– ¡Veinte kilos por lo del Sagrario!

– ¡Cien kilos en contra por lo de las becas!

– Señor –dice humildemente el alcalde desde arriba, levantando un poco su temblorosa voz–, yo creí siempre que con esas cosas hacía el bien...

– ¡Pero no bastante! Abajo se olvidan de las faltas de omisión. Esas no las confiesan. ¡Con sus medios debiera haber hecho muchísimo más! ¡Otro cargo!... Bueno; hay muchos más, pero es inútil; como no tiene a cuenta ni una sola virtud, ¡pasaje para el averno!...

Y estalló un trueno horrible.

El alcalde se puso a llorar y a lamentarse. Pedía una última oportunidad. Quiso despedirse del viejito, pero no le dejó San Pedro, y se lo llevó donde estaban las pesas de cargo, detrás de la nube. Cuando regresó el Portero, ya vino solo. El viejito de la guitarra y el zurrón estaba aterrado. Se sorprendió al descubrir una pequeña sonrisa entre las barbas blancas de Dios.

– Viejito, acérquese. ¿Qué es lo que lleva usted ahí?...

El juglar se acercó un poco, quiso sacar su guitarra y vaciar el zurrón al mismo tiempo. Pero tanto le temblaban las manos que no acertó a hacer ni lo uno ni lo otro. Entonces se le acercó San Pedro amistosamente, y mientras le ayudaba en este quehacer le sopló confidencialmente al oído: "No tengas miedo, Joaquín, que vas a quedarte aquí conmigo. Esa sonrisa vale como mil kilos en la balanza"...

– ¡Ah! ¿Con que usted es músico?...

– Sí, Señor.

– El que es músico no puede ser del todo malo. Póngale, Pedro, la guitarra en su platillo.

San Pedro se apresuró a bajar el platillo vacío, halando del mecate como antes, y colocó la guitarra dentro; con gran sorpresa del juglar, quedaron los dos platillos a la misma altura. ¡Nunca pensó él que pesara tanto esa guitarra!

– ¿Y qué lleva usted en ese zurrón?...

El viejito sacó los restos de queso, pan y jamón que quedaron de la comida en el camino.

– ¡Ah!, muy bien. Póngalo, Pedro, también en la balanza...

San Pedro le preguntó:

– ¿A favor o en contra?...

– A favor...

– Mire usted, Señor –se atrevió a intervenir el viejito–. Yo no quisiera engañar a nadie. Esos alimentos se los robé al alcalde... O por lo menos los robó su criada...

– Usted los necesitaba de veras, ¿verdad? Pues, está bien. Después compartió sus alimentos con el alcalde, ¿no es verdad?...

– Sí, Señor...

– Pues eso está muy bien, ¡caray!... (Dijo: "¡caray!"). Pedro, ponga el zurrón en la balanza.

Cuando lo puso, el platillo quedó pegado al suelo.

La bola estaba allí arriba.

– Ahora, siéntese, Joaquín, en su platillo y cuénteme todo. No necesito ángel de la guarda, me fío de usted... Dígame, ¿algún que otro pecadillo?...

– Mire, Señor, para ser franco, y ya que ha sido tan bueno conmigo, yo escupí una vez el cordón a un fraile...

– ¡Ay, ay!... ¿Cuándo fue, y dónde?... Pedro, búscame esta falta en el archivo. Y mira si aquel fraile llegó ya.

Y Dios quedó mirando, agradecido por su franqueza, al viejito sentado al lado de la guitarra y el zurrón. San Pedro salió corriendo hasta perderse detrás de otra nube, y regresó al momento con un libro bajo el brazo y acompañado de un fraile viejito y sonriente.

– Padre Ambrosio –le preguntó Dios–, ¿reconoce usted a este señor que está en la balanza?

– No, Señor; pero por lo que veo está bien sentado... ¿Cómo está, señor?

El viejito del zurrón parecía un poco apabullado; pero, francamente, no reconocía al fraile. ¡Hacía ya tantos años! El fraile tampoco parecía reconocerlo.

– Pues declara, Padre Ambrosio, que un día, hace cincuenta años, escupió una vez vuestro cordón...

– Pues, francamente, Señor, no recuerdo. ¡Hace tanto tiempo de eso!. Pero será verdad. Si me permite mi juicio, Señor, yo creo que eso con medio kilo estará bien...

– Y está bien, Padre Ambrosio, usted es el agraviado. ¡Pedro, medio kilo en contra!... Puede irse, Padre Ambrosio. Y usted... Joaquín, ¿algún pecadito más?

– Bueno, uno muy gordo que me ha remordido siempre la conciencia: el abandonar a mi mujer y a mis hijos...

– Bueno, ¿pero le ha remordido la conciencia de verdad?

– ¡Ah!, eso sí, Señor...

– Pues ya está. Otro pecado, pero más gordo, más gordo, porque esas son pequeñas cosas. ¿No hay más?

– Pues no sé a qué puede referirse, Señor...

– ¿Ha calumniado alguna vez?

– No he tenido tiempo para eso, Señor.

– ¿Ha negado pan al hambriento, o se ha beneficiado a costa de la dignidad de los demás?

– Tampoco...

– Está bien, Joaquín. Váyase, que ahora le veré a menudo. Y, ¡ah!, tiene que tocar esa guitarra de cuando en cuando.

– Sí, Señor...

El viejito se fue con su zurrón y su guitarra debajo del brazo en compañía de San Pedro. En aquel momento apareció el ángel de alas blancas que hizo los cargos del alcalde, y acercándose al trono de Dios, le dijo:

– Acaban de ordenar abajo dos misas diarias durante un año en favor del alma del alcalde, Señor. Eso iría en su favor.

– Claro, claro... Póngale medio kilo.

– ¿Medio kilo? Tiene casi dos mil en contra...

– No le hace. ¡Con medio kilo está bien!... Y, oiga, dígame, ¿qué han hecho por el alma del juglar?

– Pues no sé, Señor; no tiene ni familiares ni dinero... Sólo encontraron el zurrón y la guitarra: con eso no podrían pagar el entierro...

– Está bien, está bien, ni le hace falta.

Y al mismo tiempo que se deshacía la nube, Dios desapareció.

De los inmigrantes

El día de playa

Serían las seis de la mañana:

– Fernando, despierta, que ya es tarde.

– ¿Qué hora es?

– El reloj está parado, pero debe ser tarde, porque el padre tiene como una hora levantado.

– Ese viejo está cada vez más loco.

– No digas esas cosas, hombre... Probe, con lo bueno y lo trabajador que es.

– ¡Acaba de llegar y ya se quiere ir otra vez!

– Probiño... No se halla aquí, se aburre, le faltan los amigos para conversar, le falta todo el pueblo.

– Pero no se acuerda del hambre que pasaba, de lo solo que se sentía... Fue él quien quiso venir, ¿no?... Yo no lo arrastré... ¡Lo que hice fue pagarle el viaje y después tenerlo en mi casa y darle para sus cigarros y comprarle ropa!...

– ¡No grites, hombre, que puede oírte!...

– ¡Qué va a oír, si está sordo!... Dame el café, ¡anda!...

– Pero, ¿te levantas...?

– Claro que me levanto!... Tenemos que ir temprano, que el tráfico puede ponerse pesado. Y tenemos que buscar un buen lugar. Los domingos se llena aquello. Prepara a los muchachos, pronto, y salimos en media hora.

– ¿Y la comida, y bañar a los rapacines, y vestirlos, y dar de comer a los animales?... ¡Miren al señor: que le lleven el café a la cama y que vamos a salir dentro de media hora!...

– ¡Fernando!

– ¿Qué quieres, padre?...

– La rueda del automóvil está vacía...

– ¿Qué rueda?...

– La de adelante...

– ¡Cuál de adelante?... ¿La de la derecha o la de la izquierda?...

– Pos non sé... eso es según y cómo mires al automóvil, si de adelante o de atrás...

Fernando se levantó de un salto en calzoncillos y se asomó por la ventanita de la habitación:

– ¡Me cago en!... –dijo, y se volvió a meter–. ¡Luisa, el café, que tengo que trabajar!...

– ¿Es mucho lo que tiene?...

– Un caucho vacío...

– Pero, ¿vamos?...

– ¡Claro, mujer, un caucho se repara en seguida!... Dame el café.

– Pa mí –dijo el viejo entrando en la casa– que este caneco non va a terminar de andar.

– ¿Y por qué dice eso, padre? –le dijo acercándosele la mujer–. Que no le oiga Fernando, que está de malas. Anoche estuvo trabajando hasta las once en ese dichoso carro.

– ¡Si sabrélo yo, que estúvele aguantando la luz hasta ponérseme el brazo tieso! Que "traígalo más p'acá", que "llévelo más p'allá"; que "más abajo", que "non se ve", que "más a la izquierda", que "hace sombra"... Pero yo nunca túvele fe a ese cacharro viejo. Yo non sé nada de automóviles, porque apenas los conozco de verlos pasar, la cuesta de Pallares abajo, y de montar una vez en el automóvil de don Ramiro, que un día que iba de mercado y llovía díjome: "Suba, Fermín, que lo llevo hasta la misma plaza", y yo agradecíselo mucho. Pero aunque non sé nada de automóviles, a este cacharro viejo huélele mal desde que trajéronlo arrastrado...

– Bueno, padre, la grúa lo trajo porque estaba accidentado, pero Fernando sabe arreglar los carros muy bien.

– Ojalá. Non creas que yo non quiero que ese caneco ande. Lo que pasa es que non le tengo fe al cacharro ese. Y lo he estado pensando toda la noche, y creo que non voy a montar en él...

– ¡Cómo!... padre, no diga eso, que Fernando se va a molestar mucho.

– Bueno, hija, es que dame miedo subir a ese automóvil después de verle tanta tripa fuera y tanto tornillo roñoso.

– Por favor, no diga nada, padre, y véngase con nosotros; ¿qué va a hacer solo en casa?

– ¡Ay, probinal!... ¡Si yo siempre he estado solo! Desde que se murió Rosa, yo siempre he estado solo!

– Sí, pero lo trajimos para que estuviese con sus hijos, sus nietos, y ya no está solo... Padre, ¿no se encuentra bien aquí?

– ¡Claro que sí, filla mía; pero me faltan cosas!... ¿qué quieres?... y ya soy viejo para hacer otras nuevas ahora... Dame pena, pero yo quisiera ir otra vez al pueblo...

– Padre, no se lo diga aún a Fernando, que le va a doler.

– Non, pero téngole que decir... ¿Ves?, ¡ya está otra vez mirándole las tripas al coche!... Apuesto a que este cacharro non anda...

* * *

Fermín Oviedo es un viejo minero asturiano que ha peleado en las huelgas desde que era un muchacho, ha estado en las cárceles por pedir un poco de luz de justicia para los que viven enterrados, crió sus seis hijos como un forzado, y cuando murió su mujer se encontró completamente solo, sin fuerzas para trabajar y una pensión de tres pesetas que le entregaban cada mes vencido con la arrogancia de darle un capital:

– Firme aquí y aquí...

– ¡Malhaya! ... Por tres pesetas puercas hay que firmar como cinco veces, hay que verle la cara a la guardia civil y uno tiene que joderse recibiendo esa porquería delante de ese retrato... ¡Me cago en!...

Y el viejo Fermín recibió una carta del hijo que tenía en Caracas:

..."padre, aquí no nos sobra mucho, pero no nos falta de nada. Ya estás viejo para estar aguantando tanta mierda. Yo te mando las perras, coges un barco y te vienes. Así conoces a mi mujer, que es muy buena y será como una hija para ti, y a los niños. Antonio tiene ya cuatro años y el año que viene le mando a la escuela. Fermín tiene ya tres y habla como un condenado. La niña Rosita va a cumplir dos en marzo y ya habla un poco. El pequeño está todavía recién nacido, pero tiene una pinta de minero que no puede con ella... Así es que ya sabes, dejas eso, que se vive en todas partes, y te vienes. Esperando contestación y con besos de todos, sobre todo de tus hijos: *Fernando y Luisa*".

Y se la enseñó a todo el mundo:

– ¡Y voyme a ir!... ¿Qué hago yo solo aquí, lleno de miseria, sin poder fumarme un cigarro, encogiéndome al lado del fuego en invierno, y teniendo que dar las gracias a esos hijos de puta todos los meses por darme una miseria que no llega ni para sal después de trabajar toda la vida, desde que tenía nueve años, en la mina?... ¿Qué te parece, Antonio?...

Su amigo Antonio, que era como hermano, le recomendó irse, y lo mismo Ramón, y Marta, y Cándido, y Eduardo, y el señor Matías, que sabía mucho de letras y números y era amigo suyo:

– Sí, Fermín, yo como tú, íbame... A todos nos cuesta dejar el pueblo cuando llegamos a cierta edad. Pero si tienes un hijo americano y mándate el dinero para el viaje y díctete que tienes una casa y familia en... ¿dónde dijiste que estaba tu hijo Fernando, cerca de Buenos Aires?...

– Cerca de Caracas, non sé si estará cerca de Buenos Aires....

– ¡Ah!... Caracas. No, hombre, eso queda lejos, pero es igual, es América y aquello todo es nuevo y hay mucho que hacer. Si no, pruebas al canto. Tu hijo Fernando, que era un peón, ya tiene dinero para una casa y para pagarte el viaje, que cuesta muchas perras...

– Así es, y que está muy bien el condenado. Es que Fernando siempre tuvo talento, ¿sabes? Aquí mismo, cuando la Revolución de Octubre, él tenía doce años y ya diéronle encargo de hombre para hacer de enlace. Y me dijo Celedonio, tú sabes, el que murió en Gijón, el Llerandi, que el muchacho iba a dar mucho que hablar... Y siempre ha sido así, talentoso y trabajador...

Y regó la noticia con el orgullo natural de padre.

Lo despidió todo el pueblo:

– ¡Mucha suerte, viellín!... ¡Tú ya has hecho la América!...

– Un fillo rico en América, ¿pa qué más?... Te lo mereces, Fermín, ya es hora de descansar tranquilo. ¡Ojalá pudiésemos hacerlo todos!...

El entusiasmo y la buena voluntad de sus amigos iban atribuyendo a Fernando más bienes de la cuenta, y el viejo fue poco a poco imaginándose todo lo que él quería de bueno para su hijo. Al despedirse en el barco, que hasta el mismo muelle de Gijón vinieron algunos viejos amigos a despedirlo, con los ojos llenos de lágrimas les dijo:

– Acordaréme bien de todos vosotros. A ver si puedo mandaros unas pesetas...

* * *

Y el viejo llegó un atardecer de diciembre, un poco antes de la Navidad.

Su hijo vivía en una casita de piso de tierra, en Montecristo. Le gustaron los muchachos. Los sintió tan suyos como si hubiesen vivido siempre con él. Y le gustó la nuera, una mujer hacendosa y buena. Su hijo estaba hecho un hombre. Cuando en la noche se quedaron solos en la salita de piso de tierra, contándose las noticias del pueblo y de la familia, Fernando preguntó al viejo:

– ¿Y la casita, y esto, qué te parece?...

– Paréceme muy guapu todo, Caracas paréceme muy guapa, y con muchos automóviles... ¿y aquí non hace frío, ¡eh!?...

– No, pero dime, la casa, el terrenito, ¿qué te parece?...

– Pues, bien, hombre, todo muy guapu...

Y se retiraron sin mayores efusiones. El viejo, acostado en un rincón de la salita sobre un viejo diván, miraba al cielo a través de la ventana, y pasó la noche con los ojos abiertos.

– Estoy cansado –se decía–, pero non tengo sueño... ¡qué raro, si yo siempre he dormido tan bien!...

– Luisa –preguntaba Fernando a su mujer mientras se desnudaba–, ¿qué te parece el viejo?...

– Muy bueno. Creo que le voy a querer mucho.

– Está como un roble. ¡Ojalá esté contento aquí!...

El viejo Fermín se dio cuenta que su hijo no estaba en la situación que él imaginó a través de sus cartas. Sí, aquella era una casa, pero estaba a medio hacer, y era tan chiquitica que apenas cabían todos. Y el terreno era un pedazo de tierra de relleno, en una quebrada, que estaba pagando poco a poco trabajando como peón y después cuidando del depósito de agua de la urbanización.

El viejo tuvo la duda de haberse precipitado en su decisión de venir. Aquí le iban a faltar muchas cosas. Tenía otras, claro: el hijo, la nuera, los nietos, una mesa servida; hasta tenía televisión, una maravilla que nunca hubiese soñado ver en el pueblo. Pero... Bueno, acaso se acostumbraba y cambiaban las ideas en su cabeza...

* * *

El viejo Fermín miraba de reojo al carro inclinado, como quien observa las mañas de un animal antes de comprarlo. "Yo –decía para sí el viejo– non creo que ande nunca este cacharro roñoso".

Cuando Fernando comenzó a levantarlo con el gato, se acercó corriendo y apoyó sus manos sobre la tapa del motor, como para sujetar al carro.

– ¿Qué haces? –le preguntó Fernando.

– Pues aguantarlo, pa que non se corra...

- ¿No ves que está calzado atrás?...
- ¿Tú crees que es bastante?...
- Claro. Si quieres ayudarme, tráeme la cruceta de la maleta.
- ¿Traerte qué?
- La cruceta, la llave.

El viejo se fue. "¿De qué maleta?... ¡Ah!, bueno... Aquí no hay ninguna llave, Fernando"...

- Sí, hombre... Ven, mira, esto es una cruceta...

Fermín se sintió un poco mortificado por su ignorancia. Se apartó un poco y observó.

El carro era un Ford del año 40, despintado, deslavado, sin vidrios en las puertas, todo roñoso y abollado. Más que un carro, aquello parecía un perol de desecho, de esos que se ven en las orillas de las carreteras. Por dentro, estaban los asientos destripados, los rotos llenos de trapos viejos, el piso respirando por varios huecos. Para no meter el pie, el propio Fermín había recortado unas latas y las había colocado sujetas con alambres y cuerdas. Pero el motor debía estar bueno, porque lo pusieron en marcha en la noche pasada, y después de tomar mucho aire y soplar con los apuros de un asmático siguió y siguió cada vez mejor:

- Esto es hasta calentarse –había dicho Fernando.

Pero como si el motor le hubiese oído, ahí mismo tosió dos o tres veces y, por mucho que le dieron y dieron al pedal para que se reanimara, el motor se paró. Ya eran las ocho de la noche. Fernando entregó una luz al viejo y estuvieron hasta las once en eso, en apretar tuercas, sacar pedazos de hierro, meterlos. Cuando terminó Fernando, el viejo dijo sin convicción:

- Ponlo en marcha, a ver si anda...
- Mejor lo dejamos para mañana, porque ya es tarde.
- ¿Y si non anda?... –malició el viejo.
- Sí anda. Te apuesto lo que quieras, ahora está bien.

Y efectivamente, subió Fernando al volante, movió palancas, hizo rechinar alambre, y "¡plum!"... con una explosión así comenzó a andar. Y lo tuvieron un rato prendido.

- Mañana está como un rolo –dijo Fernando.
- ¿Como qué?...

- Como un rolo, hombre, como una uva... Tú no sabes. Eso quiere decir que ese motor va a funcionar mañana como dios.

* * *

Verdad que cuando llegó aquel atardecer arrastrado por otro carro, nunca creyó el viejo Fermín que aquel pedazo de lata arrugada tuviese tripas para hacerlo andar de veras. Había visto antes automóviles viejos y rotos y despintados, pero una roña de aquellas, nunca. Era verdad que le había costado poco. Ciento cincuenta bolívares y después el transporte, que fue "cincuenta duros". Total, 175 bolívares. Eso en pesetas eran casi dos

mil. Pero aún y todo era barato si podía andar. Aparte el trabajo, claro. Ya llevaba el cacharro aquel más de un mes y medio comiendo cada momento libre de Fernando. Todas las noches hasta las nueve y las diez. Y después, cada ratito, cada minuto libre entre comidas o entre sueños, allí estaba su hijo panza arriba revisando tornillo a tomillo las piezas roñosas de aquel caneco. Salía hecho un Cristo de sucio y de maltratado. El camino de tierra frente a la casa era como el patio de un taller mecánico. Había pocitos de aceite sucio, piezas regadas, los asientos destripados sobre los que jugaban los muchachitos. Por eso es que no quería subir él sobre aquel cacharro, porque aquellos pedazos roñosos de hierro no podían funcionar bien en el momento de frenar o de correr a mucha velocidad. No se atrevía a decírselo claramente al hijo, pero más de una vez insinuó:

– Fernando, ¿crees tú que eso pueda andar?...

– ¡Claro!... ¡Si todos los carros son así! Lo que pasa es que nunca los has visto sueltos en pedacitos, como ahora...

– ¿Para cuándo crees tú que podrás ponerlo a andar?

– Creo que el domingo podremos bajar a la playa.

Se lo estoy prometiendo a los muchachos. Tienen que respirar un poco de aire de mar y jugar en la arena. Les hace falta. Y a Luisa también, que está flacucha y con mal color.

Pero cada domingo ocurría algo con el carro, y el viaje a la playa se iba dejando para otro. El cacharro aquel tenía más roña de la que creía su hijo. Y los niños lloraban cada semana, y Luisa protestaba cada mañana de domingo:

– Yo creo que no nos llevas a la playa nunca. Mejor si te hubieses ahorrado los quinientos bolívares que te gastastes.

– ¿Quinientos?...

– Sí, porque cauchos nuevos, que si aceite nuevo, que si bujías...

– Los cauchos no son nuevos, los compré usados y baratos, y lo demás, no había más remedio... ¡Pero así y todo es un jamón!

– Si alguna vez camina, todavía...

– ¡Que si anda este carro!...

– Vamos a ver –sonreía resignada su mujer.

* * *

Y por fin, a las once de la noche de aquel sábado emplazó Fernando a su esposa:

– Mañana me voy a vengar yo, porque vamos a la playa.

– ¡Si no me has dicho nada!...

– Es que no estaba seguro, pero ahora sí. Y mañana, ¡hala!... ¡up!... a la playa todo el mundo.

– ¿A qué hora?...

– Temprano, para llegar frescos y coger buen sitio...

– ¿A las seis?...

– Bueno, a las seis.

Cuando el viejo Fermín se fue a acostar en su rincón de la salita de piso de tierra dijo para sí:

– Y parece que mañana sí va a arrancar ese caneco de veras. Pero preferiría quedarme tranquilo en casa...

* * *

Cuando Fernando terminó de reparar el caucho, ya eran las siete. De dar las campanadas se encargó el viejo:

– ¿Decías que íbamos a salir a las seis?... pues ya son las siete...

– ¿Y qué hacemos aquí?... ¡Luisa!... ¡Luisa!...

– ¿Qué pasa?... –Luisa salió a medio vestir, con la niña todavía desnuda en brazos.

– ¿Qué haces?... ¡Vámonos!...

– ¿Cómo quieres que nos vayamos?... ya te dije que tengo que bañar y vestir a los niños, y tenemos que desayunar todos...

– Pues desayunamos todos abajo...

– Yo me quiero comer mi desayuno aquí –dijo el viejo Fermín sin mirar a nadie.

– ¿Y por qué? –preguntó Fernando.

– Porque tengo fame; me levanté muy temprano y quiero comer...

– Bueno, usted coma algo en seguida, los demás nos desayunamos abajo.

El viejo se acercó a la cocina, se sentó, se echó su gorra de visera hacia atrás y esperó a que le sirvieran su desayuno, que tenía que ser sustancioso, como acostumbraba en la mina.

– Aquí están sus huevos y su cecina y su café con leche –le sirvió Luisa–. Y apúrese, padre, que tenemos que bajar.

– Luisa –dijo el viejo–, ¿de veras que quieres bajar a la playa?

– Claro; ¿por qué me pregunta eso?

– ¿Y los niños también?...

– Pues claro, si hace un siglo que hablamos de bajar en carro a Macuto... Ande, coma y bajamos, que le va a gustar el mar.

– ¡Qué va a gustarme a mí –murmuró–, si me he pasado la vida bajo tierra como un topo y la única vez que me hice a la mar mareéme como sapo, ¡redios!...

A las ocho estaba todo dispuesto. Los niños estaban vestidos de punta en blanco, como príncipes. Luisa se había puesto un vestido blanco también, y Fernando parecía otro, como parecía cada vez que se ponía su traje de boda, su camisa blanca de la boda y su corbata negra de ocasiones.

– Hombre, ¿por qué te pones tan ceremonioso para bajar a la playa? –le dijo su mujer–. ¿No te parece que deberías ir sin corbata, con el cuello abierto?...

– Bueno, pero a mí me gusta vestirme del todo o no vestirme. Si me pongo el traje, me pongo mi corbata y mi camisa... ¿o es que estoy mal así?...

– No, mal no estás, hombre; pero lo digo por ti, por el calor...

– Tú no te preocupes por el calor que voy a pasar yo... ¿Llevas la comida y la cerveza?

– Puse algo de comer. Pero como me dijiste tan tarde... De beber, creo que será mejor que compremos allí...

– ¡No, si yo ya sé lo que pasa!... ¡Después allí no hay nada! Llégate en un momentico a casa del portugués y que te traiga media caja de cerveza. Vamos a llevar un baldecito con hielo. Pero apúrate, que ya es tarde. ¡Viejo!, ¿qué hora es?...

– Son las ocho menos cinco... Mejor que dejes esto para otro día, Fernando... Hoy va a hacer mucho calor.

– ¡Qué va a hacer mucho calor, hombre!... Súbase, que ya montamos todos. Llévase ya a Antonio y a Fermín, que están vestidos. Suba al carro con ellos, que ya vamos...

El viejo Fermín consiguió capturar a sus dos nietecitos y meterlos en el carro con él.

– Vosotros non os movéis, que ese es el encargo que tengo... pero, joder, si estáis ya más sucios que ayer noche... ¡Luisa! –gritó el viejo sacando la cabeza por la ventanilla sin vidrios del carro–. ¡Estos niños están más puercos que cuando los bañaste ayer!...

– Déjalos, hombre –se incomodó Fernando, que ya salía de la casa como para una ceremonia–; si vamos al mar a bañarnos... –Y se metió en el carro, al volante.

– ¿Tú crees que arranque el aparato? –preguntó el viejo.

– Pues claro que arranca... ¿No lo vio ayer noche? ...¡¡Luisa!!... ¡¿vienes?!...

– ¡Ya va! –contestó Luisa desde dentro de la casa.

Y mandó a Rosita, dando traspiés, vestida de rosado, con la cara reluciente y un lacito en el cabello.

Bajó Fernando del carro y la subió con él. Al rato gritó de nuevo:

– ¡¡Luisa!!...

Y dirigiéndose al viejo, que estaba acurrucado detrás, sujetando a los muchachos:

– Padre, ¿qué hora es?...

– Las nueve menos veinticinco...

– ¡Joder!, ¡Luisa, qué coño haces!...

– Ya voy, hombre, mal hablado... –y salió también, bonita, con su vestido blanco y el chiquitico en brazos, como para un bautizo.

– Ahora –dijo Luisa al subir, esforzándose en cerrar la puerta roñosa del carro– sólo nos falta, ahora que los vecinos nos están mirando, que no arranque este perol...

– ¿Qué es perol? –preguntó el viejo Fermín desde atrás.

– Perol es este automóvil, abuelo –le dijo ella festivamente.

– ¡Ah! –hizo el viejo, y se calló.

Y comenzó el motor a toser: "caj, caj, caj"... Y después: "rac, rac, raac, raaac... smmiiist"... "rac-raaac, toc", como si el motor hiciese esfuerzos finos para recompensar la carga de cariño que le pusieron esta mañana de playa.

"Rac-rac-rac-rac-tiiiiiiiiiiiiisst"... raaac-rac-raaac-toc-toc"...

– ¡¡Joder! –un modo fino de explotar de Fernando.

– ¡No digas groserías, hombre!... –su mujer.

Y los dos, sin mirarse, pensaron en la malicia que puso un vecino al desearles buen viaje.

– Es que no sé lo que tiene, todo está bien...

Fernando levantó la tapa del motor y fue tocando uno a uno todos los lugares donde podía esconderse una avería.

– ¡Fernando!... ¡La ropa, hombre; quítate el saco al menos!...

Fernando se quitó el saco. Y se remangó. Y dijo:

– Viejo, tenías razón, este cacharro no anda...

El viejito Fermín estaba acurrucado, agarrado a los dos nietecitos, en un hueco de la vieja tapicería del carro, sin mirar a nadie.

Mientras Fernando volvía a jurungar el motor, Fermín sopló dos o tres veces allá detrás, levantó su gorra a cuadros blancos y azules, se movió con desasosiego, pellizcó a sus nietos (que estaban quietos, los pobres), abrió la portezuela en un esfuerzo de goznes y marco, y se acercó con aire azorado a Fernando.

– ¿Qué crees tú que es?...

– Pues eso, que no sé, ¡que si supiera!... ¡Me cago en los quinientos bolívares que gasté en esta mierda!...

– Entonces, ¿nos quedamos? –dijo el viejo.

– Pues no, yo no dejo a mi familia otra vez sin playa, que hasta los vecinos se ríen de nosotros, ¡carajo!... Nos vamos, aunque sea en un carro de alquiler...

El viejo Fermín se sobresaltó. Ahora tendría que ir de todas maneras. Y eso iba a costar mucho dinero. Y tendría que pagarlo su hijo, el pobre, que no paraba de trabajar para ganar apenas con qué vivir...

– Fernando –dijo el viejo como un muchachito cogido en falta–. ¿Non será que faltale esto? –Y sacó del bolsillo algo que le estaba enseñando con mano temblorosa a su hijo.

– ¿De dónde cogiste eso?...

– De ahí atrás...

– ¿Cuándo?

– Esta mañana...

– ¿Y por qué?

Bueno... –y la curtida piel del viejo se sonrojó.

– No, hombre, si éste es el tapón del depósito de la gasolina; sin eso el carro anda igual...

Fernando se fue refunfuñando a colocar el tapón en su sitio.

– ¿Qué le pasó a la gasolina? –preguntó la mujer, que se enteró a medias del incidente.

– ¿Será eso? –se preguntó Fernando–. ¿Será que me falta gasolina?... Me cago en... ¡si no hay gasolina!... ¡Ya está, nos vamos, le falta la gasolina!

– Búscalo yo, Fernando.

El viejo Fermín estaba al lado de su hijo, noblemente, como un soldado. Un poco maltrecho y viejo y triste y desmoralizado, pero le brillaban en los ojos dos chispitas de espíritu de servicio y de contento de poder hacer algo por borrar lo feo que cometió al esconder el tapón de la gasolina.

– No, déjeme, padre, voy yo, que la bomba queda un poco lejos y yo regreso antes. Lo que necesito es un perol...

– ¿El automóvil?...

- No, hombre, un perol para traer la gasolina, un cacharro...
- Yo sé dónde hay uno en el patio.

El viejo vino con una lata.

Cuando media hora después regresaba Fernando, sudoroso, con la lata de gasolina al hombro y la camisa blanca toda mojada, el viejito le salió camino adelante. Y se ofreció:

- Llévotelo yo...

El viejo Fermín llegó renqueando al carro con su lata de gasolina al hombro.

Y echaron la gasolina. El motor se resistió todavía un poco, pero al fin prendió. Los vecinos que andaban rondando el carro haciendo preguntas y deseando buen día de playa a la familia, los vieron acomodarse todos dentro y arrancar cuesta abajo por la avenida del Rosario, una carretera de tierra que baja de Montecristo, en Los Chorros.

Los muchachitos aplaudían y se asomaban a la ventanilla del carro como si se asomasen al cielo.

- Ten cuidado –recomendaba el viejo Fermín a cada salto de hueco.
- Ya va, viejo, no te preocupes... ¿Qué hora es?
- Las nueve y media... ¿Es tarde?... ¿No sería mejor dejarlo para el domingo que viene?...
- ¡Qué va!... Nos vamos. Nos sobra tiempo. En una hora estamos abajo.
- ¿Todo es cuesta abajo?...
- Sí. Al mar siempre es bajando.
- Menos mal...

Y la familia Oviedo bajó ese día a la playa en carro propio por primera vez.

El cielo tiene un roto de azulillo

La mujer de pelo amarillo que está en la puerta de la casita tiene una botellita en cada mano. En la puerta de la casita próxima hay otra mujer viendo jugar a dos niños de unos cinco y seis años. Las dos mujeres están, como las puertas, a unos cinco metros de distancia, es tarde de Nochebuena y sin embargo no se hablan ni se miran más que se miran o se hablan las dos puertas vecinas. No quiere esto decir que no se ven; pero no se comunican con los ojos, ni con gestos, ni con palabras.

Montecristo es un barrio de emigrantes en Caracas. No hay barrio caraqueño que no sea de emigrantes, pero este barrio en los bordes de la zona residencial de Los Chorros ha brotado espontáneamente ranchito a ranchito, casita a casita, reuniéndose mucha gente nueva sin decirse nada. El verde, el fresco, lo alejado de la zona urbana y el ruido, lo que sea, ha atraído una a una a familias de rusos, alemanes, yugoeslavos, húngaros, rumanos. Y entre humildes casitas de gentes de este suelo han ido naciendo casitas humildes de estos centroeuropeos de cabeza amarilla, gesto humilde y buen corazón.

Y la mujer de cabeza amarilla y gesto huído está con la buena intención de sus dos botellitas pegada a la puerta de su casa en esta tarde de Nochebuena.

Es una casita de madera que tiene el techo de papel embreado y las ventanas cubiertas con cartón de almanaque. La casa no tiene número. Tiene, eso sí, un pedacito de tierra que hasta hace unos días era un gamelotal y donde ahora juega sobre grama limpia Nadia, la hijita cabeza de cocuiza de un hombre muy discreto que dice ser rumano y es ruso, y esta mujer de gesto huído, los ojos azules, la lengua torpe y el temblor cariñoso de las dos botellitas en las manos que ahora observa de reojo a los dos niñitos pelo de chicharrón que juegan frente a la casita vecina.

La mujer que los mira es una cetrina de vientre voluminoso, pies desnudos y dos hermosos ojos negros donde juegan sus dos hijitos sin conocer el paradero del Niño que llega en la noche con juguetes para el barrio. Tiene las manos puestas sobre su vientre, como para sentir cerca a su tercer hijo, una palidez azulada en su rostro moreno y magro de parto, y tiene también la desazón curiosa de que la están observando.

Esa mujer de al lado es una musiúa que la mira como un venadito. A veces le sonrío, hace con la cabeza como un gesto, pero se le turban los ojos y huye la mirada exactamente igual que los venados. Nunca le ha dicho nada, y hace como un mes que vive al lado. El otro día, cuando ella llegó a la bodega del portugués, la musiúa estaba comprando cosas.

* * *

Ella dijo al entrar:

– Buenos días...

El portugués estaba alcanzando una lata de aceite, y no dijo nada. La mujer volteó su cabeza amarilla, la miró con sus ojos de azulillo, se puso coloradísima como una manzana, se le turbaron los ojos, se le cayó uno de los paquetitos que cargaba, lo recogió, sonrió precipitadamente otra vez y tomó compostura apurada frente al portugués, que esperaba indiferente con su latita de aceite en la mano:

– ¿Quere algo má?...

La musíua sacudió su pelo, sonrió huidiza y se fue en carrerilla, con sus paqueticos abrazados a dos manos.

El portugués anotaba el abrazo con la punta ensalivada de un lápiz de carpintero sobre papel de envolver, y sin levantar la cabeza preguntó a la mujer:

– ¿Usté sabe cómo se llama sa mujé?...

– ¿La musíua esa?...

– Sí, ¿no está su vecina, pues?...

– Sí, es vecina mía, pero lo que es el nombre, no lo sé. Sé que a la muchachita la llaman como "Laya" o algo así.

– ¿Usté cree que tienen plata pa pagá?...

– ¡Ah! m'hijo, eso sí no sé... El trabaja y debe ganar... El es callaíto, y ella igual. Parece gente honrada. Yo creo que esa gente sí paga. El como que trabaja en la fábrica de cerveza, al otro lado de la quebrá, por Boleíta... Anda y dame mi queso e mano, portugués.

* * *

Ahora está ahí al lado, con la misma sonrisa y el mismo aire asustado de siempre. En la puerta vecina, la mujer cetrina de carnes prietas y magras pegadas a los huesos tiene sus dos ojazos negros puestos en los dos muchachitos desnudos que juegan con piedras en la calle de tierra llena de hoyos que es la avenida El Rosario. La trazaron un día sobre el plano para vender algunas parcelas, y después de vendidas quedó en tinta, un letrero y esta quebrada que no necesita de otro nombre para llamarse.

La mujer de gesto huído y la cabeza amarilla sigue con sus ojos de azulillo los gestos de los dos niños mientras aguanta sus dos botellitas en las manos, sin atreverse a algo que quiere hacer.

Ella ve a menudo a su vecina, pero no se ha atrevido a acercársele. Ella no sabe hablar venezolano; apenas sabe decir "buen día" y "cómo está" y "gracia", que aún debe decirlos mal, porque la gente se le ríe. Y también sabe decir: "maluco", que ha traído días atrás Nadia de la calle sin saber lo que quería decir. Su marido, cuando escuchó la expresión a la niña se enfadó:

– ¡Nadia!... ¿qué has dicho?... –le gritó en ruso.

– ¿Pues?... ¿qué pasa? –le preguntó alarmada su mujer.

La niñita esperaba la decisión de sus padres para asustarse o reír.

– ¿Por qué dijiste eso? –insistió su padre.

– Por decir... ¿por qué?...

– ¿Quién te lo enseñó?...

– Luis, el vecinito...

– Pues no quiero que juegues más con él, porque aquí los niñitos se hacen grandes demasiado pronto y se vuelven groseros. Yo no quiero que mi hija sea igual.

Nadia lloró. Su madre la consoló como pudo y después habló con su marido a solas:

– ¿Qué significa lo que dijo la niña?

– Yo no sé, pero algo feo. La gente mira con malicia al decirlo.

– Y, ¿cómo dices tú que dijo?...

– "Malaco", "malico" o algo así.

– Pero pregunta lo que quiere decir, hombre, para saber. Yo me encargo de que no lo repita la niña, pero no hagas escenas y no digas nunca a la pequeña que no juegue con los vecinos, porque no podemos vivir los tres solos...

Al día siguiente, el ruso silencioso de cuerpo grande y voz de bajo entró riendo en su casa.

– Musia... ¿Sabes lo que quiere decir "maluco"? Acierta, anda...

– Entonces, ¿no es nada malo!...

– Sí, es precisamente "malo".

– Y ¿por qué te ríes entonces?...

– Porque "maluco" quiere decir "pequeño malo", eso es...

Desde aquel día, la mujer, que es la que está todo el día sola en su casa viendo a los vecinos, tiene el remordimiento de haberlos prejuzgado mal, de haberles prohibido jugar con su niña, y como el sentimiento de una deuda para con ellos.

* * *

Y es víspera de Navidad, es la misma tarde de la Nochebuena, y está ella con sus botellitas en la puerta, sin atreverse a algo que está decidida a hacer. Y la vecina, con esa intuición afilada de la mujer, espera que ocurra algo que no ha ocurrido hasta entonces. Sólo los muchachitos siguen indiferentes a la magia de la Nochebuena, llevando piedritas de un lado a otro del camino, mientras la mujer de pelo negro siente al hijo que va a nacer con las manos puestas sobre el mundo maravilloso de su vientre, y su vecina tiene nerviosamente en cada mano una botellita ya tibia de calor humano.

* * *

Por fin la mujer de pelo amarillo se ha decidido. Ha salido del quicio con su aire azorado de siempre, como si estuviese expuesta al azote de un viento imaginario, con sus ojos de azulillo turbados hasta hacerse casi grises, y con gesto torpe ha adelantado las dos botellitas a su vecina.

Los brazos y las botellitas han quedado medio segundo en el aire. La mujer en trance de parto ha presentado el regalo, ha sonreído agradecida y ha tomado las dos botellitas en sus manos. Así, con las botellitas en vilo, emocionada, da dos, tres veces, las gracias. Su vecina se ha quedado quieta, con sus ojos casi grises, sonriendo, con el gesto torcido de pena. Y por desviar la atención del embarazo ha dicho algo señalando a los niños.

– Sí, son Luis y José Asunción... Usted quiere que les dé estas malticas a ellos...

– Sí, sí...gracia...

– ¡Vénganse pá acá ustedes... Luis, José Asunción... Miren lo que les trajo la señora... Los niños se limpian el barro de las manos sobre el vientre y entre las piernas.

– ¡Ah!, pero hay que abrirlas... –dice riéndose desde el hueco de las encías la mujer, y después muestra a su vecina el cuello de una botellita.

– ¡Oh!... –y la mata de pelo amarillo corre alborozada hacia su casa.

– Muchas gracias, señora, muy amable... ¡espera un momento, Luis, que la señora la está destapando!... Estos muchachos...

Cuando Luis pone el morro de la botellita en la boca tiene la otra mano con el dedo metido en el ombligo, y hace:

– ¡Puff!...

Es como si se hubiese reventado un caucho en el momento mismo de salir para una fiesta.

Los ojos grises de la vecina se han abierto un poco más y se ha llevado una mano a la boca. La madre del niño busca qué decir, e insiste:

– ¡Muchacho!... tómese esa maltica, que es bien sabrosa y es buena para poner a los muchachitos grandotes y fuertes...

Luis intenta de nuevo:

– ¡Ahhh!... ¡puuuff!... no quero...

La cara de su madre es de angustia y de pena. Mira a su vecina y mira a su hijo, que ya ha salido corriendo.

– Mamaíta, a mí, a mí...

José Asunción hace lo que ha visto hacer a su hermanito mayor:

– Puuff, no quero...

Y también ha salido corriendo tras él.

Ya quedan las dos mujeres y el hijo por venir. Por fin se fijan en él...

– Dicen que para las mujeres en estado es muy bueno...

– Sí, sí, –dice la vecina instintivamente, sonriendo.

La mujer no está brava. Sólo tiene el gesto un poco asustado de siempre, pero los ojos se han vuelto color de azulillo y tiene una sonrisa muy dulce. Después hace con los brazos un gesto como diciendo:

– ¡Son muchachos, qué se hace!... Pero yo se lo ofrecí con el mejor cariño.

La mujer de pelo negro, que está un poco apenada, sí dice, aunque no le comprendan:

– Son muchachitos y no les gusta la maltica, porque está cara y no se la puedo comprar; pero yo se lo agradezco mucho... La maltica la trajo su marido de la fábrica, ¿verdad?... Yo sí la tomo, ¿sabe?... –y le pasa la otra botellita con el gesto de que la abra.

– ¡Oh!... –su vecina se alegra tanto que tarda en abrirla.

Después se la ofrece.

Entonces la mujer bebe la maltica y dice que está buena. La mujer de pelo amarillo le pide cortésmente con el gesto y toma un trago también, y conviene en que, efectivamente, está muy sabrosa.

Y se ríen las dos mujeres, y el hijo por venir ríe al mismo ritmo que su madre y su vecina.

Ya ha caído la tarde. Está casi oscuro.

Las mujeres han quedado sonrientes, agradecidas la una a la otra, por algún feliz hallazgo.

– Bueno...

– Bueno...

– Muchas gracias otra vez... tengo que preparar la cena, ¿sabe?... Aquí, en la casa, me tiene a la orden...

– Sí, sí...gracia... –y la mujer cabeza de cocuiza se azora un poco por no saber lo que dice su vecina, pero comprende, y se va.

La mujer de pelo negro llama a los niños, sujeta a su hijo por venir y entra también.

La tarde queda fuera, haciéndose Nochebuena; sobre el techo bajo de las casitas, casi a ras de suelo, casi al alcance de la mano, el cielo ya oscurecido tiene un roto de azulillo.

Un real de sueño sobre un andamio

- Renato, Yusepe... mezclilla en el veinte. Un ayudante... ¡José!
- ¿Al andamio?

El sol abría huecos con esquinas en la caprichosa silueta horizontal de cemento y llegaba blanca y tibia de neblina al pie de la obra. Las manos torpes estaban asidas a sus flacos envoltorios de papel verde, papel blanco, papel de periódico, para un día vertical. El polvo de los desperdicios de materiales apenas comen-zaba a despertarse bajo la sacudida vital del hombre, y a trechos parecía unirse a la neblina. Pero el amanecer tenía una dirección y el polvo otra.

El aparato arrancó con su carga de cuerpos arrugados por el sol hacia el secadero. Una subida lenta, trabajosa, acezante, "tac-tac-tac"...

- Este es un ascensor para peroles.
- ¡¿Y qué quieres tú, perolito?!
- ¡Perol serás tú, Trucutú!...

El montacargas siente el peso de la carcajada, risa de un día cansado antes de nacer. El trato es macizo, rudo. Es entre manos con grietas de cemento. Nace de esa solidaridad brusca de los que están embarcados en el mismo "perol" que hace agua a menudo, donde se moja y hasta se ahoga a veces. Este racimo de hombres secos de cinco razas es un haz de brazos atados por su común destino de montacargas. También es una suma circunstancial de hijos, mujeres, conucos, esperanzas y futuros colgados del montacargas, "tac-tac-tac"...

Descansa de trecho en trecho para repartir su carga. Es un ascensor de torre hueca, al aire libre, para peroles, para dejar las cosas en los pisos aún sin puertas. Por ahí entran estos hombres. Y salen. A veces a destiempo, sin el montacargas.

- Ese perdió el perol -dicen en un hueco de voz. Y no se santiguan porque no saben.

A medida que suben son menos y hay más sol. Es como precipitar un amanecer. Ascenden sombras largas con esquinas en los entrantes y salientes de la mole inhumana de hierro y cemento que ha levantado el hombre. Cuando llegan al piso veinte sólo quedan los tres: Giuseppe, Renato y el negro José.

Y el operador: "No salgan antes de que yo regrese"... Dos hombres hacen con la broma una línea torcida entre dos labios. Es la misma contorsión del alma que grita: "¡zape!", cruzando dos dedos negros a solas.

* * *

A dos años de América, Giuseppe sólo ha conseguido pararse a cincuenta metros de altura sobre un andamio.

El valle de Caracas parece desde aquí un pequeño mar sólido de torres y edificios. Tiene sus orillas de ranchitos lamiendo la costra roja de los cerros y algunos salpicones nuevos de quintas con verde en las colinas. El valle adquiere desde aquí un sentido nuevo. Los cerros y las colinas quedan al mismo nivel; las torres de iglesia no lucen tan erguidas; los gigantes de cemento se han comido los árboles, y sus panzas rectas de blanco-gris absorben toda la palidez rosada de los viejos techos rojos de la ciudad.

Mirando de arriba se ven las cosas como si estuviesen paradas de cabeza. El hombre es un punto escurridizo en el espacio. Todos los puntos, iguales. El hombre zambo y corto es un punto. El hombre estirado y largo es otro punto. Visto desde arriba, no hay hombre grande. Las carreteras son ríos movibles de lata al sol. Quien ha forjado esa lata y la ha puesto a brillar es el hombre, ese puntico que corre en zig-zag sorteando los obstáculos que ha creado él mismo. Las rayas rectas que rompen la ciudad en pedazos las ha trazado el punto cuando se ha puesto a mover a una velocidad nueva.

Pero hay caminos rectos que no conducen a ninguna parte.

* * *

– Es curioso lo que sugiere la altura cuando no marea –pensó Giuseppe. Y volvió a la mezclilla de cemento sobre el piso veinte.

Era una perspectiva conquistada en dos años de trabajo. Comenzó cavando cimientos, poniendo pies grandes a un gigante por nacer. Ahora le parecía como si él hubiese parido un monstruo, un parto lento de ladrillo a ladrillo, palada a palada, comida a comida, sueño a sueño. Un gigante que a veces le producía vértigo. Otras, orgullo. A ratos, una sensación de poder que se le arrugaba en lo que duraba su descenso, "tac-tac-tac", en el montacargas. Otras, angustia; una angustia interminable, larga, desazonada, que le roía las entrañas y le tenía asustado el corazón durante días arriba y noches abajo, en su catre de la pensión de paredes de cartón. Pasó quince días sin dormir y apenas probar bocado cuando vio caer a Camilo, su compañero de cuarto. Bajó como un muñeco de trapo, pasando uno a uno, en un decir ¡ah! los metros que tardó meses y meses en poner de pie. Y le vio reventar como un saco de tierra sobre el pavimento...

Giuseppe alargó los ojos hasta el nivel de la calle y empujó con su peso crecido de impulso las dos tablas del andamio.

– ¡Che c'e!...

– Nada...

Su compañero se le quedó mirando, la paleta metida en la caja de mezclilla, los ojos deslumbrados, en un gesto que un cucurucho de papel de saco de cemento sobre la cabeza hacía grotesco. Y esperó.

– ¡Niente!...

– ¡Ah!...

Giuseppe se agarró al mecate y se quitó el sudor con el antebrazo. Desde el nivel de los cimientos llegaban casi muertos hasta el andamio encendido de sol del piso veinte el estertor de los motores, los latigazos de pito del policía, voces, algún grito herido. Y arriba ardía el sol, como un infierno de cuerpos. En el piso veinte había una ventaja. Siempre soplaba viento. A veces caliente, con unos taladros de arena quemante que abrían agujeros infinitamente pequeños en la piel, pero otras una brisa fresca, como una de esas corrientes frías que uno encuentra al bañarse en el mar. El andamio tenía el movimiento invisible de un rumor de esfuerzo quejumbroso de cuerda.

"Riiisst... raaasst"...

"Niente", se dijo para sí, y comprobó la solidez del mecate atado al soporte de las dos tablas en vilo a más de cincuenta metros de altura.

– Mira, Yusepe, ¿como que estás loco? ¿Nos quieres zumbiar pa'bajo, como se fue Camilo?

Los tres hombres percibieron la sacudida del mundo común de su andamio y midieron con ojos largos de miedo el camino sin huellas por donde se fue Camilo hacía un mes.

* * *

"Riiisst... rassttt"...

Giuseppe lo oía distintamente. Era un rumor casi humano. Era el esfuerzo del mecate por sostener el peso de tres vidas de hombre sobre dos tablas hechas de la vida de un árbol robusto. Si el hombre mata al árbol, ¿por qué no ha de vengarse el sisal, su hermano, dejándolo caer desde su torre de conquistador? Como se venga el toro del torero, la sequía de la tala, las crecidas de las quemazones criminales del hombre.

– ¿Qué te pasa, Giuseppe?

Los hombres están cerca, hombro con hombro, ojo con ojo, unidos por el mismo baño de sudor. Tienen el mismo resplandor rojizo en los ojos, las mismas rayas en la frente, las mismas encías vacías, los mismos pantalones rotos, los mismos salpicones de cemento, la misma piel enrojecida por el sol y el viento, el mismo cucurucho bufo de papel sobre la cabeza.

– Dime, Giuseppe, ¿qué te pasa?

– Nada, Renato, nada...

– Tú tienes algo...

– Tú sabes... cosas; casa, mujer, Camilo...

– Tú sabes que eso sobre un andamio a cincuenta metros de altura es muy peligroso.

– Peligroso, peligroso... ¡qué quieres que haga! ¡Peligroso!... Ya lo sé, pero no es cosa mía...

– ¿De quién?

– De Camilo, de la mujer, de las cosas...

– ¡Bah!... Yo también tengo eso, y lo pienso cuando camino por la calle, en la pensión, cuando duermo... y cuando no duermo... ¿Por qué andar rodando esa pelota aquí, en un sitio tan pequeño?

Cuando midió con la mirada los seis metros cuadrados del tablado con límites de vacío tropezó con los ojos de susto, grandes y negros, de José.

– José está asustado. Te estás portando raro. Si no te sientes bien, mejor vas a la pensión y te acuestas.

– ¡No!... ¿A qué?... Estoy bien.

– Mira, musitú, ¿qué fue?... –y a José se le abrieron los ojos tamaños, como Africa y América juntos–; yo me salgo de esta pingada y voy con el cuento al capataz.

* * *

La colmena humana se desarmó de herramientas. Todos a una, a una señal de reloj. El sol seguía su camino, el reloj también. Antes era un camino de agua con remansos y sombras. Ahora estaba hecho de rectas duras de cabilla y cemento a través de peladeros sin descanso. Ahora eran rectas. Rectas largas y rectas cortas. Unas acostadas, otras de pie y otras recostadas, pero era el tiempo de las rectas. La hora del punto lanzado derecho, con impulso de máquina, hacia un objeto.

El hombre se había sentado sobre su obra, solitario, pequeño, en uno de los compartimientos del gigante de cabilla y cemento, y deshacía su flaca envoltura de papel verde para poder proseguir su jornada. Era una jornada larga, por caminos torcidos, por cuevas, por guerras, por separaciones, por campos de concentración, por pensiones, por ascensores de carga, por andamios...

– ¿Cómo estás? –le preguntó Renato con palabras hechas de una seca porción de pan y queso.

– ¡Puá!... regular.

– ¿Nada más?

– No.

– ¿Quieres un poco de mi queso?

– No.

– ... José estaba un poco asustado. Puede buscarte un apuro si va con el cuento al capataz.

– Bueno.

– ¿Y si pierdes tu trabajo?

Giuseppe dejó de masticar. Se quedó con el pedazo de pan seco entre las manos, sentado con la espalda recostada en la pared, despatarrado, con su cucurucho de papel en la cabeza. Su cara rojiza salpicada de cemento se arrugó en un dolor de hombre.

– Es verdad –dijo.

Los pitazos subieron más insistentes, como latigazos de policía a hileras largas de carros de lata brillante al sol. Giuseppe los imaginaba monstruosos, amenazantes, conteniendo su rencor de máquina.

- ¿Bueno?... -le preguntó su compañero.
- Bueno... nada, hay que seguir.

El cubo de cemento donde estaban los hombres parecía un calabozo sin puertas. Había dos huecos de luz que daban al vacío, dos botellitas de fresco de pie en el suelo, unas ropas guindadas de dos clavos, dos hombres echados boca arriba sobre el cemento con sus camisetas amarillo-sucias llenas de agujeros, cargados de sol, de viento y de fatiga.

"Sí, hay que seguir", se dijo Giuseppe. Y alzando la voz:

- ¿Has recibido carta?
- Sí, ayer. Te lo dije. ¿Y tú?
- No.
- Estará en la pensión cuando regresemos.
- Puede...

* * *

El instante se fue estirando, salió y se hizo largo en forma de un camino estrecho por donde venía una carta rota de quejas y hastío con noticias del hijo y de su mujer.

Hacía dos años que no los veía. Cuando llegó a La Guaira creyó que podía ser cosa de unos meses. Esa era su perspectiva de Venezuela al desembarcar. Después de dos años, a cincuenta metros de altura, le parecía ver un siglo de vida sin objeto por delante.

Giuseppe no esperaba ver tanta gente. Se veía doblado sobre la borda, sudando bajo la gritería, la presión de sus compañeros de barco y una corbata y un traje nuevos, estrenados al embarcar. ¡Ese peladero rojo era Venezuela! ¡Y eso sería Caracas! ¡Con lo que contaban de Caracas!

No -oyó decir a alguien-, eso es La Guaira.

- ¿Y Caracas?
- A un cuarto de hora.

Giuseppe miró aquellos cerros cargados de ranchitos de barro y ojos de sol en las latas; aquellos caminos rojos del agua, como arañazos; aquellas casitas de colores lavados y reseco muchas veces apiñadas sobre la ladera pelada y casi vertical. "Pero éste es un país de oportunidades", se dijo. Entre este gentío del muelle no había sitio para una mirada suya, pero Venezuela tenía lugares enormes donde cabría holgadamente su cuerpo. Bajó a la bodega, aquella maloliente boca donde ubicaron al pasaje de inmigrantes. Recogió sus dos maletas de tablas de debajo del camastro donde acostó sus ilusiones por quince días, y subió corriendo la escalerilla de hierro con sus ilusiones ya de pie y perfectamente a plomo.

"Giuseppe -se dijo-, esta es tu meta de muchas noches sin dormir".

- ¿De qué te ríes? -le preguntó sobresaltado su compañero del piso veinte.
- De nada... de mi llegada a La Guaira.
- ¿Qué te hace reír de tu llegada?
- ¿Tú no sabes que yo subí hasta Caracas caminando?

– No, ¿y por qué?...

Lo primero que se le ocurrió a Giuseppe cuando desembarcó fue volverse a embarcar. Le tomó cariño al barco. Se dio cuenta de eso cuando lo vio desde el muelle, con sus dos maletas de madera en cruz, aquel peladero rojizo con ranchos de ojos de lata a la espalda. El barco regresaría a casa. Y le ocurría igual que cuando muchacho: si su mamá le montaba en un caballito del tío vivo, él miraba con envidia al conejito de orejas paradas en que iba montado su vecino; después le montaban sobre el conejo, y el caballito de crines erguidas le parecía más hermoso. Además, quince días de barco son como quince días de intimidad. ¡Hay que ver el sentido de solidaridad que despierta la sola coincidencia de un viaje en autobús! Pero la corriente de amistad que unió al pasaje se disolvió con el calor húmedo del puerto. Cuando la dureza del suelo se le clavó en los huesos se quedó como un balancín de dos maletas tan horriblemente solo que le parecía mentira que toda aquella gente estuviese compuesta de personas.

– Pero, ¿por qué viniste caminando?

Giuseppe se volteó, se colocó panza abajo, escondió su barbilla entre sus brazos cruzados y puso sus ojos cocidos al sol en la cara de su compañero del piso veinte:

– Creí que eran quince minutos caminando –dijo.

– ¿No preguntaste?

– ¿A quién?

– ¿Tenías dinero?

– Diez dólares.

Pero se los pidieron todos por una carrera. ¡Por quince minutos de camino, como si fuese un turista. En la entrada de la autopista le dijeron que no podía subir por allí. Que si fuese un carro, sí. ¡Cómo iba a ser él un carro! Y aquellos hombres se rieron porque Giuseppe tenía que caminar diez kilómetros más con dos maletas encima por la vieja carretera porque no era un carro. Cuando alcanzó las primeras casitas de Catia, al amanecer, le recibió una pelea. Giuseppe se dejó caer sobre una escalera de tierra y los vio pelear. El hombre se fue maldiciendo. La mujer se quedó en la puerta. Al rato entró Giuseppe dentro bajo el peso de las dos maletas cargadas de fatiga y sueño. Salió bien entrado el día, como entró menos diez dólares. Así le entró Venezuela por los ojos y el cuerpo.

– Nunca había oído una cosa así.

– ¿Y tú cómo subiste?

– En un carro por puestos.

– ¿Te esperaba alguien?

– No, pero para eso tiene uno vista...

– Tú tienes mucha vista y llevas casi tres años ganando doce bolívares.

– No he tenido suerte.

– ¿A qué llamas suerte? ¿A ganarte un "5 y 6"? ¿Por qué vas a ser precisamente tú?

– Hay otras muchas suertes en América: negocios, un subcontrato bueno, una mujer con plata, un terreno que sube de precio...

– Yo no creo en eso.

– ¿Tú conoces a Lino?

– Sí.

- Pues ni se ha ensuciado las manos y ya está rico.
- ¡Lino es marica!
- ¡Ah!... ¡cada uno como puede, pero ése ya ha hecho su América!
- Yo no quiero una América así, me da asco...
- Pues por eso subiste caminando a Caracas, por eso estás siempre huraño en la pensión, por eso estuviste meses sin trabajo, por eso estás casi loco...
- ¡Renato!...

El grito dio dos tropezones y se desplomó desde veinte pisos de altura, como Camilo. La habitación desnuda, sin puertas, se volvió a llenar de un rumor distante, de calle apartada. Y en la cancha del piso veinte se crisparon dos manos y se abrieron los fosos de dos aberturas sin puerta.

Renato se hizo un poco más hacia el rincón. Y sonrió cobarde:

- No iba en serio, es un decir...

Giuseppe pareció calmado con sólo ver el gesto arrepentido y tímido de su compañero. El no estaba loco. Loco estará el que se olvide de su mujer, de su hijo, de sí mismo.

- Mira, Giuseppe -se animó Renato-, ¿por qué no haces como los demás? Tierra nueva, vida nueva, mujer nueva...

Giuseppe le miró con desprecio.

- Tú sabes -continuó- que nunca vas a poder reunir bastante para traerlos; tú sabes que no podrás mandarles bastante tampoco tal como están las cosas... tú sabes que necesitas mujer. Dime, entonces, algo que puede ser una solución.

Giuseppe no contestó. Se dio media vuelta. El sabía en su torpeza para seguirle que además de las cosas que son, hay otras que se sienten, y que las cosas que se sienten son tan verdad como las que están delante.

- ¿Entonces?...
- Seguir... como en el trabajo.

Y le entró un hastío como un líquido blanco que se le regó por dentro y le llegó hasta el rincón de la cabeza donde él creía que se gestaban los pensamientos. "Lo mejor es no pensar y esperar", se dijo.

* * *

Giuseppe se levantó, se puso su cucurucho de papel, se asomó por la abertura como si fuese a lanzarse con paracaídas desde un avión, y se le pusieron los ojos chiquitos de sol. Después saltó sobre el andamio, colgado a cincuenta metros de altura, sobre la ciudad bajo aquel sol de plomo que le agobiaba. El andamio soltó un agudo grito de mecate y tuvo un gesto de vaivén.

- Me vas a prometer una cosa... -y Renato le pidió desde su miedo agarrado al quicio de la puerta, que dejase de dar vueltas a las cosas por esta tarde, y que no asustase a José...

El cajón de mezclilla que le ponía delante el negro José era dócil, mojado, tibio. El podía manejarlo sin dificultad y darle forma. Le gustaba hacer esto, porque le hacía sentirse dueño del destino de algo útil. Cuando se secaba, el cemento guardaba la forma que le diera y nacía un cuerpo nuevo que servía al hombre. Aquella línea vertical de veinte pisos que él había contribuido a trazar metro a metro tenía de noble la rectitud de plomada que orienta al hombre en sus esfuerzos. Estaba construida de cuerpos dóciles a la mano del hombre que después le eran fieles para siempre. El suyo, su cuerpo, también era fiel a las manos tibias de su madre que lo modeló. Eso a pesar de la tormenta, de la lluvia, del viento y del sol. Le estaba ardiendo el cuerpo, pero el suyo no se derretiría y seguiría en pie. Renato haría lo que quisiese. Era cosa suya. Cada hombre tiene su medida que colmar. La suya era esta caja de mortero donde venía a vaciar de vez en cuando José su lata de mezclilla. A veces le parecía enorme, sin fondo. Otras la veía chiquita, insignificante, frente al precipicio de los veinte pisos echados en plomada como un tirón largo-largo bajo sus pies, por donde se fue Camilo...

"Riiisstt... rassstt"...

Sin el andamio no hubiese habido pisos, sin mecates y tablas no hubiese habido andamio, sin planta no hubiese habido ni tablas ni mecate, sin... ¡bah!... eso era una locura... "¡Locura!"... las sienas marcaban su paso loco... "tic-tac... tac, tac, tac... tic-tac"... en sus oídos llenos de "rriiisstt-rassst", de pitos, de voces apagadas y del jadear inhumano de los carros. ¡Por ahí se había ido Camilo!... "¡Loco!"...

– ¡Renato!!...

El grito ensartó las cabezas de José y Renato como un alfiler.

"Píiii... cok-cok-cokkkk... píii-píii... tin-ton... tin-ton-tin-ton"... los martillos; "ssssssrrrruuuuuss"... los soldados; "¡eh!", el hombre; "píii-píii", el policía; "¡coño e madre de musíu", José. Y el andamio, nada, callandito, quieto. Los mecates, con su silencio tendido, tenso, de cosa. Las tablas murmurando... "riisst-rassst", "crik-crak"..., muertas a sus pies. Giuseppe secándose el sudor, con un aire confundido y torpe. José, otra vez inmóvil, como una aparición. Renato, agarrado a la cuerda:

– ¿Qué tienes, Giuseppe?... ¿no te sientes bien?

– Sí... ¿por qué?

La pregunta hizo dos muecas de clown en el andamio y se reflejó en los ojos redondos y brillantes de José:

– ¿Por qué?... ¡no joda!... Este Yusepe como que está loco... Yo no me dejo caer como Camilo, ¡la pistola!...

– ¡José, no te vayas!...

Renato se fue detrás. Giuseppe se quedó solo y sintió otra vez aquella angustia de la zapatería...

Sí, aquella angustia de la zapatería que no había vuelto a sentir de nuevo hasta que sintió otra vez miedo de quedar sin trabajo... Es como si regresase a la zapatería de Pietro y Elio.

Era un cuartico de tres metros por tres. Allí comen, trabajan, duermen y sueñan los dos hermanos. El rincón huele a sudor, sebo, betún y cuero. Cuando despertó allá amanecía apenas. La habitación estaba oscura y llena. El aire era tan denso que no cabía una respiración más. Ya apuntaban unas grietas de luz en la puerta y comenzaban a

rodar por la calle los ruidos del día cuando sintió aquella angustia que le asustó tanto. Era ruido de motores, motores, motores... Arrancando, corriendo, frenando, bufando... Tanto motor como andaba suelto por la calle y apenas había lugar para su soledad. Había andado entre carros y carros, escapando de ellos, durante un mes sin encontrar un ser humano; alargando las piernas sobre el cemento caliente en pos de una obra, apretando el corazón cada vez que le negaban emplear sus brazos. Hasta bajaba los ojos con humildad denigrante, se ofrecía casi por nada, apenas para tener con qué pagar la pensión de paredes de cartón y consumir el tiempo de manera que no quedase ninguno para sentirse solo. El hombre parió aquel amanecer angustioso entre dos mesas llenas de zapatos rotos que olían a pies de pobre y el catre sucio donde estaban tendidos los dos hermanos, dos hombres buenos que le recogieron compadecidos de su estado.

– No, no te muevas –le dijeron cuando quiso levantarse–. Hoy te quedas así. Te traeremos un remedio y mañana te levantas.

Al rato entró Elio con una taza de café caliente, y a Giuseppe le dieron de comer...

– ¡Giuseppe!... ¿me oyes?...

Está Renato de vuelta, mirando desde el quicio sin puerta que da al vacío de veinte pisos, que los pitazos y el ronronear de los carros trepan trabajosamente.

– ...José está aquí. No va a decir nada al capataz. Pero te pedimos los dos una cosa: que descanses aquí, en el piso, un rato. Te ha dado mucho el sol y estás preocupado, como estamos todos de vez en cuando. Este no es un sitio para pensar. Tú haces la mezcilla en la sombra y José te ayuda...

– Bueno...

* * *

¡Hay que vencer este miedo! Hay que agarrarlo, doblarlo y tenerlo domado, como a un animal. Hay que mirarle a la cara y amansarlo. No es sólo por uno. Es que uno tiene mujer y tiene hijo y tiene padres, que es de donde viene uno, y tiene amigos y tiene compañeros que esperan que uno sea un hombre y no un marica, como Lino. Eso es asustarse y coger por el atajo del miedo. Eso es cobarde. ¡Qué diría de él su viejo, si le viese hacer eso! O su viejita, desde su aterido lecho de tierra. Y su mujer, y su hijo cuando crezca...

– José, déjame trabajar en el andamio. Ya estoy bien.

El andamio es sólido, tiene buen mecate, de buen sisal, de buena tierra, de donde viene el alma de todo y a donde regresa después, sin morir. La distancia hasta el piso es apenas un riesgo, como un carro al atravesar la calle, como una mujer que no es de uno, como el odio cuando prende... Pero hay que vencer la pendiente. Vale la pena. El tiene por qué.

* * *

- El perol no sube.
- Primero es lo de abajo, está más cerca...
- ...Por eso Camilo llegó primero abajo y después es cuando subió...
- No lo mientes, ¡zape!...

El sol va tapando huecos sobre el caprichoso recorte de cemento en el horizonte y corre una brisa fresca por el hueco sin puerta del piso veinte. Las cansadas manos de los hombres vienen vacías. Ya se prenden las primeras luces de la ciudad. Y flota un polvo tenue, como neblina. Pero tiene marcada su dirección de tierra.

- Este es un ascensor para peroles...

Los hombres erguidos de la mañana están doblados sobre su propia fatiga, y bajan... "tac-tac-tac"... como si viniese el perol frenando un impulso brusco de dejarse caer. Las manos vacías de los hombres tienen la conformación de trozos invisibles de cemento.

A medida que bajan hay menos sol. Es como precipitar un crepúsculo. Ahora el sol da de espalda, pero son las mismas sombras de la mañana que siguen a los hombres con constancia de mujer celosa, más atenuadas, como domadas y soñolientas. Si siguieran a sus hombres, dos de ellas irían a un barraconcito con compartimientos de cartón de a 0,50 de bolívar por noche.

- Y por tan poco, ¿quién va a pretender el lujo de dormir?...

Indice

Fracaso

El hombre se calló y dijo

El agua corre río abajo

El cacho

Punto y aparte

El día de playa

El cielo tiene un roto de azulillo

Un real de sueño sobre un andamio